COMEDIA FAMOSA.

RENDIRSE A LA OBLIGACION.

DE DON DIEGO Y DON JOSEPH DE CORDOBA y Figueroa, Caballeros de la Orden de Alcantara y Calatrava.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Federico.
Don Fernando.
Chichon, gracioso.
Margarita.
Porcia.
Principe Enrique.
Carlos, Duque de Borgoña.
Alberto, Viejo.
Belardo, Jardinero.
Don Juan.
Musicos.
Dos Pilotos.

JORNADA PRIMERA.

Ruido de tempestad, y dentro Don Fernando.

Fern. ATA de esos verdes troncos
los caballos, y busquemos
donde ampararnos, Chichon,
de la tempestad.
Salen Don Fernando y Chichon.
Chic. Reniego [illegible]
de las nubes, que asi arrojan,
preñadas de horror y miedo,
mares de agua y de granizo;
grande año de Taberneros,
si esto ha caido en Madrid.
Fern. Dexa la chanza, y busquemos
si por aquestos contornos
alguna cabaña ó pueblo
asegura nuestras vidas:
camina, pues. *Chic.* Yo recelo,
señor, que has perdido el juicio,
pues no adviertes, que nos vemos
sin guia, norte ó camino,
perdidos entre lo espeso
deste enmarañado bosque,
en un pais extrangero,
de quien el rumbo ignoramos,
de noche, ya sin aliento
los caballos; y asi, en tanto,
que cesa el agua, podemos
debaxo de estas encinas :::
Fern. Aguarda, que á los reflexos
de aquel relampago he visto,
sino me engaño, un soberbio,
un suntuoso edificio,
que desmoronado á trechos,
vivo exemplo de los dias,
caduco padron del tiempo,
puede ampararnos. *Chic.* Bien dices,
que á la luz de otro lucero
deslucido, de quien tienen
su noble origen los truenos,
le he visto yo. *Fern.* Pues, Chichon,
sigue mis pasos. *Chic.* El perro
de Tobias, y San Roque
nos sigue. *Fern.* Y á lo que veo,
hemos llegado á sus puertas,
digo á su entrada, supuesto,
que solo el quicio da señas
de que las hubo. *Chic.* San Telmo,
y qué boca tan obscura!
parece dama del tiempo,
que á puro pedir, los dientes
se le han caido. *Fern.* Sigueme, pues.
Entranse y salen por otra parte.
Chic. Ya te sigo;
mas si hablo verdad, yo llevo
un miedo como una casa.

Fern. Pues de que tienes el miedo
yendo conmigo? *Chic.* Ya sabes,
que desde tamaño temo
las cosas de la otra vida,
y en estos casares viejos
suele haber duendes, fantasmas,
leones, demonios, muertos,
y dueñas en pena, que
para purgar sus enredos,
sus chismes, y sus mentiras,
piden misas. *Fern.* Calla, necio,
que esos son cuentos de viejas.
Ruido de cadenas dentro.
Chic. No son de viejas los cuentos,
sino verdad infalible,
pues anda el demonio suelto
al ruido de estas cadenas:
Ay qué golpazos! yo pienso,
que he de pagar sin deber
lo que no como, ni ceno,
siendo yo tus aventuras.
Fern. Qué temeroso, qué horrendo
ruido de cadenas! oyes,
Chichon? *Chic.* No señor, que tengo
chamuscados los oidos
con las centellas y fuego,
que estos eslabones forman,
y para encender, es cierto,
que la cera, y el pavilo
se han de hallar en mis greguescos.
Fern. Parece què hácia esta parte
se acerca. *Chic.* San Nicodemus,
San Agapito, San Cosme,
San Pascasio, San Fulgencio,
y todo el credo me valga:
Ay, que el alma de un Cochero,
que pena el haberlo sido,
y anda á diestro, y á siniestro
dando vueltas y revueltas
con un azote de fuego,
me ha cascado por detras,
imaginando y creyendo,
que soy mula de la guia!
Señor, qué aguardas? busquemos
la puerta, y vamos de aqui.
Fern. El que es noble, nunca ha vuelto
las espaldas al peligro:
yo he de apurar el secreto
deste ruido, aunque aventure
la vida.
Chic. Yo, que no tengo
para ver matar un pollo,
valor, ni animo, confieso,
que es imposible seguirte.
Fern. Pues véte, cobarde, luego,
y esperame en este bosque;
pero aguarda, que el reflexo
de una luz aqui se acerca:
hácia este lado esperemos
el fin de aquesta aventura.
Retiranse, y sale Federico vestido de pieles, cubierto el rostro, arrastrando cadenas, con una hacha en la mano, que pone en el tablado.
Fed. Hasta quando, hado severo,
para perseguirme, solo
tendrás fixo el movimiento?
Ay, Margarita divina,
qué lejos estás, qué lejos
de dar alivio á mis penas!
mas si ignoras, que al imperio
de tu hermosura he rendido
alma, vida y pensamientos:
de que me quejo? ha, fortuna!
para qué permite el cielo
la vida á los desdichados?
Mucho se tarda Laurencio,
y yo estoy; pero dos hombres
Ve á los dos.
al parecer extrangeros
(ay de mi!) son los que miro.
Fern. Valgame todo mi aliento!
Chic. Jesus, qué cara de cafre!
Fed. Si se descubre el secreto
corre peligro mi vida:
la industria con el esfuerzo
me ha de valer.
Fern. Aunque late
el corazon en el pecho,
asustado á tanto asombro,
no ha de ceder, no, mi aliento
á tal prodigio.
Fed. O vosotros,
que ignorando los secretos
prodigios de este castillo,
con errado pie habeis puesto
en este sitio las plantas,
salid de este sitio luego,
y no irriteis mi furor,
sino quereis que en el centro

de la tierra os den mis brazos
urna, pira y monumento.

Chic. Yo sin detenerme un punto
me iré, como el señor muerto
nos dé pan y callejuela.

Fern. Yo no, pues fiando á mi aliento
mi noble resolucion,
y á este circulo pequeño
de esta guarnicion, que imita
á aquel sagrado madero,
que obró nuestra redencion,
no he de dexar este puesto,
sin saber primero, como
con voz humana, y con cuerpo
en este lugar asistes.
Y asi, de parte del cielo
te requiero, que me digas,
qué causa, razon ó intento
te obliga á que estés aqui?

Fed. No presumido y soberbio
solicites imposibles,
sino quieres ser trofeo
con tu muerte de mis iras.

Fern. Si acaso eres, que no creo,
alma que pena sus culpas,
con sufragios y con ruegos
piadosos te daré alivio:
mas si eres, á lo que pienso,
hombre como yo: estos brazos,
este valor, este acero
han de apurar lo que he dicho.

Fed. Yo entre los mios primero
sabré quitarte la vida. *Luchan.*

Fern. Raro valor!

Fed. Grande esfuerzo!
por Dios, que eres invencible!

Fern. Mal sabes el ardimiento
de un caballero Español.

Fed. Luego tu, segun advierto,
suspende los brazos, eres
Español y caballero?

Chic. El alma es preguntadora.

Fern. En aqueste instante mesmo
hemos llegado de España.

Fed. Pues ya recatar no quiero
mi calidad, patria y nombre,
ni mis desdichas, supuesto,
que en la lealtad española
vive seguro mi empeño.

Fern. Bien puedes de mi fiarte,
y mano y palabra ofrezco
de ser tu amigo leal
mientras viva.

Fed. Yo la acepto.

Fern. Prosigue, pues.

Fed. Ya prosigo.

Fern. Que ya escucho.

Fed. Estáme atento.
Yo, generoso Español
(aunque este trage grosero
me encubre) soy Federico,
hijo del Rey Clodoveo
de Napoles, que con justa
aclamacion goza el Reyno
mas fertil de toda Italia,
logrando, prudente y cuerdo,
en la fe de sus vasallos
aquel cariño y respeto,
que de amado, y de temido
dan á un Principe supremo
nombre inmortal, que vincula
eterno en su mano el cetro.
Vivia en Napoles yo,
sin haber sentido el fuego
de amor, ni sus tiranias,
ocupado en el honesto
exercicio de los libros,
del bridon en el manejo,
del negro acero en las lineas,
de la caza en el experto
aparato de la guerra;
y finalmente, en aquellos
graves y heroycos motivos,
que toman los nobles pechos
para exercitar iguales
el valor con el ingenio.
Quando acaso (que los males
suelen venir sin pretexto)
llegó á Napoles un dia
cierto Pintor extrangero,
de grande opinion y fama,
y llevaba algunos lienzos
al Rey, mi padre, que siempre
tuvo la pintura afecto.
Entre ellos (ay de mi triste!)
iba un retrato tan bello
de una muger, que los ojos
recelaron y temieron,
que fuese idea, y no copia,
pues en humano sugeto,

al

al parecer, no cabian
juntos tan raros extremos
de hermosura y perfeccion;
tanto, que yo amante y ciego,
pues al verla la dí el alma,
mudo entre el amor y el miedo,
creí turbado y confuso
haberme rendido á un lienzo.
De qué original, le dixe,
procede el hermoso cielo
de esta copia? A que responde:
Este divino sugeto
es Margarita, Duquesa
de Bretaña, cuyo imperio
compite con su hermosura,
siendo de tan alto empleo;
pretendientes en su Corte
mil Principes forasteros,
que solicitando todos
tener tan hermoso dueño,
la festejan y enamoran
en licitos galanteos
con mil diversos festines.
Y de aqui á un mes ha dispuesto,
en defensa de su gala,
unos soberbios torneos
delante de su palacio,
dando al vencedor en premio
una corona de perlas,
ó diamantes, cuyo precio
vale una Ciudad. Yo entonces
rendido á tan noble objeto,
sin darle cuenta á mi padre,
una noche en el silencio
de las sombras, me embarqué
solo con un escudero,
en una nave española,
que llevando á popa el viento
favorable, nos conduxo
en breves dias al puerto
de la Ciudad de Bretaña,
patria, oriente, albergue y centro
de la hermosa Margarita;
donde disfrazado llego,
y me informo, que entre tantos
pretendientes forasteros,
era el mas dichoso Enrique,
hermano del Rey Fisberto
de Francia, pues merecia
en publico los honestos
favores de Margarita,
y que acabando el torneo
seria su digno esposo:
A cuya noticia ciego,
como zeloso, propuse
solicitar mi remedio
con la lanza y con el puño,
procurando en los torneos
quitarle la vida á Enrique.
Salgo á campaña encubierto,
donde sus tiendas tenian
todos los aventureros,
hasta el señalado dia,
habiendo visto primero
á la hermosa Margarita,
disfrazado, en los festejos,
que en su palacio se hacian,
donde hallé, que el pincel necio
hizo agravio á su belleza,
pues al mirar sus luceros,
era su hermosura mas,
quando su destreza menos.
Llegó del torneo el dia,
y armado de limpio acero,
matizado el fuerte arnés
de azul, amarillo y negro;
colores, que publicaban
desesperacion y zelos.
Sobre un caballo de Frigia,
tostado alazan, que al eco
de la caxa y el clarin
iba danzando y moliendo
la corpulenta estatura,
monte animado, tan diestro
en la carrera y el torno,
que al medir fuerte y ligero
los terminos de la valla,
excedió dos elementos;
al viento con la herradura,
y con el relincho al fuego.
Me presenté en el Palenque
entre los aventureros,
que eran de una parte y de otra
los cortesanos soberbios;
que con el dichoso Enrique,
su caudillo, al mismo tiempo
iban entrando en la tela,
bizarramente compuestos
de motes, plumas y galas;
partióse el sol á los ecos

del clarin, y ya los jueces,
dexando igual el terreno,
nos pusieren frente á frente.
Aqui la pluma de Homero
quisiera para pintarte
el valor, el ardimiento
de los briosos caballos,
y valientes caballeros,
que hechos yunques, en las sillas,
á tanto fornido encuentro,
de las ya deshechas lanzas
cubrian de horror el cielo,
de negro vapor el sol,
los astros de polvo denso,
la tierra de espuma y sangre,
y el ayre de horror y miedo.
De esta suerte mantenian
naturales y extrangeros,
en igual grado el valor,
quando yo atrevido y ciego
buscaba á Enrique, y el hado
(que para ser mas adverso,
suele ser mas favorable)
me le puso junto á el mesmo
mirador de la Duquesa.
sobre un Andaluz overo
de una nube cordobesa,
relampago, rayo y trueno.
La lanza en ristre le busco,
y él al mirar mi denuedo
se cubre del fuerte escudo;
partimos los dos á un tiempo,
mas como yo le llevaba,
por zeloso amante y ciego,
tan conocida ventaja,
no fue mucho del encuentro
venir á la blanca arena,
confesando desde luego,
que alli no le derribó
mi valor, sino mis zelos.
Cayó, en fin, y tan mortal
quedó en la tierra, que el pueblo
creyó ser muerto, y á voces
pide venganza á los cielos.
Llega la guarda á prenderme,
ayudada del esfuerzo
de los fuertes cortesanos:
los nobles aventureros
en mi defensa se ponen,
vuelvese á encender el fuego
de la batalla mas vivo;
y yo en tan crecido riesgo,
solo ver á la Duquesa
desmayada sobre el pecho
de una criada sentia.
Ibase el dia cayendo
sobre los montes vecinos,
y la noche con su velo
las sombras formaban, quando
arrimando con aliento
al caballo las espuelas,
mas volando, que corriendo,
salgo al campo, llego al sitio,
donde esperaba Laurencio,
mi escudero, y sin pensar,
por la senda de un otero
á aqueste bosque llegamos,
y á este palacio, que el tiempo
desmanteló con sus iras,
que fue, segun me dixeron,
en la Corte, muchos años
albergue, quinta, y recreo
de los Duques de Bretaña,
hasta que el Duque Leonelo.
abuelo de la Duquesa,
falleció en el trance fiero
de una sangrienta batalla,
quedando desde aquel tiempo
yermo inhabitable, y solo,
por sér caso verdadero,
que las guardas de este bosque,
los pastores, y los mesmos
que habitaban el palacio,
diversas veces oyeron
quejarse al difunto Duque,
arrastrando por el suelo
gruesas horribles cadenas:
Ya sea verdad, ya cuento
fabuloso, esto bastó
para dexar desde luego
todo el sitio yermo y solo,
sin que pie humano haya vuelto
á poner aqui sus huellas.
Yo desesperado, viendo,
que dexar la tierra, fuera
cobardia, me resuelvo
á habitar este palacio,
y para estar encubierto,
Laurencio traxo estas pieles,
y cadenas, con que intento

ser conocido de nadie,
fingiendo el horror, que el miedo
acreditó en este sitio,
y desde un lugar pequeño,
que dista de aqui una legua,
con el natural sustento,
viene á verme cada dia,
de quien supe que mi encuentro
no quitó la vida á Enrique,
y que apaciguó el sangriento
combate en volver en sí,
llevandole el Conde Alberto,
valido de la Duquesa,
á palacio, donde luego
con medicinas suaves,
y lo que será mas cierto,
con sus favores, quedaba
libre del pasado riesgo,
y que esta noche (ay de mi!)
con aclamacion del pueblo,
y nobleza, celebraban
(solo de pensarlo tiemblo)
sus bodas: quedé mortal,
y furiosamente ciego,
desesperado y zeloso,
esta misma noche intento
hallarme en un gran sarao,
que segun dixo Laurencio,
se hace en palacio á sus bodas,
donde la nobleza y pueblo
pueden hallarse en la fiesta
(costumbre antigua del Reyno)
con mascaras disfrazados,
para morir, que ya muero,
con el alivio, la pena,
con la gloria, el sentimiento,
el pesar y la alegria,
con la rabia y el consuelo
de ver la hermosa Duquesa
Margarita; pues no siendo
de nadie aqui conocido;
entre el tumulto bien puedo
aventurarme á este lance,
porque de una vez el pecho
acabe con tantas penas,
tantas dudas y tormentos,
congojas, ansias, pesares,
y desdichas, pues muriendo
tan obediente á sus ojos,
cumpliré con el afecto
de perder á Margarita,
y en mi corazon á un tiempo
cesará el tropel confuso
de ira, amor, envidia y zelos.

Fern. Raro suceso! Yo estoy
de escucharte tan suspenso,
generoso Federico,
que á responderos no acierto.
Solo vuelvo á dar palabra
de morir al lado vuestro,
siguiendo vuestras fortunas.

Fed. Yo con los brazos acepto
tan generosa promesa,
y de amigo verdadero
os doy la palabra y mano.
Y en tanto, que mi escudero
llega á este sitio, decidme
quien sois, y con qué pretexto
vuestra patria habeis dexado?

Fern. Yo soy, Federico excelso,
Don Fernando de Mendoza,
noble rama, que desciendo
del tronco del Infantado,
Madrid es mi patria, centro,
y Corte del Leon de España,
donde prospero y contento,
rico, y bien quisto vivia
entre aquellos devaneos,
que la noble juventud,
en licitos pasatiempos,
libre se consagra al ocio,
sin rienda, pero con freno.
Viniendo, pues, una noche
de cierta casa de juego
á deshora, oygo una voz,
que con un blanco ceceo,
desde una ventana baxa
me llamaba: yo atendiendo,
que era la voz de muger,
cortes á la reja llego,
y pregunto, si era á mi?
Llegando á este mismo tiempo
por esotro lado un hombre,
que desnudo el blanco acero
me acomete valeroso,
tan presto, que apenas puedo
poner mi vida en defensa.
Saco la espada, y tan luego
nos estrechamos los dos,
que de aquel choque primero

sin alma, ya mi enemigo
midió de una punta el suelo.
Y en fin, turbado y confuso
de tan extraño suceso:
sin conocer la muger,
ni saber con qué pretexto
me llamaba á tales horas:
en un Convento resuelvo
retraerme aquella noche,
tan absorto, y tan suspenso
de la impensada desdicha,
que aun no hice reparo atento
en las señas de la casa.
Supe otro dia, que el muerto
era Don Diego de Luna,
un ilustre caballero
de Madrid, donde tenia
nobles parientes y deudos
poderosos, y que hacia
la justicia grande esfuerzo
sobre hallar el agresor.
Yo, pareciendome intento
temerario no volver
la espalda á tan grande riesgo,
determino de pasar
á Flandes; y del Convento,
solo con ese criado,
salgo una noche encubierto;
paso, corriendo la posta,
la noble Vizcaya, y entro
en la Francia por Isún,
corro la Borgoña, y llego
al Ducado de Bretaña,
donde en este bosque espeso
esta tarde nos perdimos,
y á este palacio me acerco,
huyendo la tempestad,
que visteis, donde el suceso
feliz, Principe famoso,
de haberos hallado, á tiempo
de asistir á vuestro lado
á todo trance, le ofrezco
al templo de mi fortuna,
que venciendo mis deseos,
ni pudo obligarme á mas,
ni yo cumpliera con menos,
que perder á vuestro lado
la vida en servicio vuestro.
Fed. Otra vez aquestos brazos,
noble Fernando, te vuelvo,
confirmen nuestra amistad;
y pues tan varios sucesos
en este sitio nos juntan,
no sin providencia, creo,
que he de mudar de fortuna
á vuestro lado. *Fern.* Yo pienso,
que su rueda ha de caer
á vuestros pies por trofeo.
Chic. O yo he de quebrar un exe,
para que su movimiento
no pueda ofenderos mas.
Fed. Aguarda, que ya Laurencio
con esta seña me avisa,
que ha llegado á aqueste puesto;
sigueme, Fernando.
Fern. Vamos, gran señor,
y quiera el cielo
dolerse de tus desdichas:
todo lo vence el esfuerzo.
Fed. Vuestro valor me asegura.
Fern. Seguro estais con el vuestro.
Fed. Por mi vais á un gran peligro.
Fern. Yo en tal caso no aconsejo
á mi amigo, sino es
con la lengua del acero.
Fed. Ha, quien pudiera pagaros
tan generosos afectos!
Fed. Ha, quien tuviera poder
de haceros hermoso dueño
de la hermosa Margarita!
Chic. Ha, quien se hallára tan lejos
de esas aventuras, como
la mano de un despensero
de no sisar, no arañar,
y de enmendarse, poniendo
en el peso y la medida,
medida, conciencia y peso!

Vanse, y salen la Duquesa Margarita, Porcia y otras Damas.

Porc. De tu tristeza me espanto.
Marg. Ay, Porcia, que mi pasion,
si la ignora la razon,
no la desprecia mi llanto!
pues quanto alegre y ufana,
quando mis dichas publique,
esposa (ay de mi!) de Enrique
he de ser, no sé qué vana
ilusion, qué fantasia
mi pecho turbado asusta,
que de nada el alma gusta.

Porc.

Porc. No le usurpes la alegria
al prado, si se repara,
que faltando tus primores,
se marchitarán las flores
sin el abril de tu cara.
Vuelve á tu rostro divino
el nacar, y tus enojos
restituyan á tus ojos
las luces.
Marg. En mi destino
grandes males considero,
el discurso traygo loco,
quanto miro, quanto toco,
es un presagio, un aguero,
con que mi adversa fortuna,
envidiosa de mi dicha,
me previene una desdicha.
Porc. No dés á tan importuna
tristeza credito y mira,
que llega ya á esté jardin
el prevenido festin.
Marg. A este lado te retira,
y la mascarilla puesta
(corazon, disimulemos)
á que empiecen esperemos.

Salen el Principe Enrique, un Cri[ado] y hombres y mugeres con mascaril[las] muy bizarros y Musicos.

Criad. Gran noche, señor, gran fies[ta]
no ví concurso mayor.
Enr. Yo le hubiera perdonado
por haberme desposado,
que es muy colerico amor.
Y el que ama espera, en fin;
si tarda, se desespera,
la gloria que amando espera:
mas ya empiezan el festin.

Comienzan el festin, danzando al són de la Musica.

Mus. A las bodas felices y alegres
del sol de París, y la flor de Bretaña;
con vistosos compases se mueven
almas, corazones, galanes y damas.
O, qué firmes ocupan el viento
ayrosos los cuerpos, ligeras las plantas,
obstentando bizarros y ayrosos
la fe en el cariño, y el gusto en las galas!
suspended los ojos, recread las almas,
obstentando mayores finezas,
al paso que forma mayores mudanzas.

Mientras cantan esto, dicen los versos siguientes Federico y Margarita, al tomarse las manos en los lazos del festin.

Fed. Aunque trae cubierto el rostro,
esta es Margarita, salga
mi afecto de mi silencio.
Ha bellisima tirana!
si matas, para qué obligas?
si obligas, para qué matas?
Marg. Con quien hablais, caballero?
Fed. Con el dueño de Bretaña.
Marg. Ved, que os habeis engañado.
Fed. Nunca se engaña quien ama.
Marg. Pues eso no es del festin,
mirad, que errais las mudanzas.
Fed. Como ha de poder mudarse
un alma que os idolatra?
Marg. Advertid que escucha el Duque.
Fed. Ya me ha visto en la campaña
y sabe lo que es mi brazo.
Marg. En ira el pecho se abrasa;
este es el traydor aleve,
que derribó en la estacada
á mi esposo: ola, Soldados,
cese el festin: ola, Guardas
de palacio, acudid presto:
y sin que ninguno salga
de aqui, se descubran todos,
que una traicion no pensada
hay en palacio encubierta.
Enr. Quien á tu belleza causa
tales extremos? *Marg.* Enrique,
un traydor, que aqui se halla.
Enr. Pues qué aguardais? descubrios.

Descubrense todos, menos los tres.

Todos. Ya lo estamos á tus plantas.
Fed. Menos los tres, que es preciso
gus

guardar ahora las caras,
y pedir el paso franco.
Enr. Como, si el rostro recatas,
de aqui has de salir no siendo
por los filos de mi espada?
Fed. Eso es lo que yo deseo;
pues con tu muerte se acaban
mis tormentos y mis penas.
Fern. A tu lado estoy, qué aguardas?
Enr. Mueran los traydores.
Apaga Federico las luces con la espada, y entranse riñendo.
Fed. Muera
el que usurpó á mi esperanza
el cielo de Margarita.
Marg. Sin vida voy, y sin alma,
pague la pena, pues tuve
la culpa desta desgracia.
Vase Margarita, y dicen dentro.
Dent. Muerto soy, valgame el cielo!
Otro. Coged el paso; no salgan
del jardin, que el Duque es muerto.
Salen los tres.
Fed. Por aquesta puerta falsa
del jardin, que la Duquesa,
para que el pueblo se hallára,
y nobleza en el festin,
aquesta noche dió franca,
entre el confuso tumulto
podremos salir.
Fern. Qué aguardas? vamos, pues.
Fed. Seguidme todos.
Vanse los tres, y salen dos Marineros.
1. El mar ha estado en bonanza;
pero ya el viento refresca,
y está la nave cargada
de ropa, y de pasageros.
2. Pues á qué, Patron, aguardas?
vamos al esquife. 1. Espera,
y veremos en la playa
si alguno quiere embarcarse,
que á mas moros mas ganancia;
y quizá tendremos lance
con la prisa.
Salen los tres.
Fed. Pues la traza
dice, que sois Marineros,
decid, si acaso se halla
en la playa algun navio,
que esta misma noche salga
del puerto? 1. Mi nave, amigo,
con las velas levantadas.
está ya para surgir;
pero el viage es á España,
y el precio ha de ser subido,
por estar ya tan cargada,
que ya no aguarda mas buque.
Fed. Los tres ya de camaradas
á España hacemos viage:
sea esta cadena paga
del pasage, vamos presto.
1. Bien está; pero me falta
saber si es oro ó alquimia.
Chic. Eso se sabrá mañana
en los plateros del mar.
Fern. No dudeis, que el que le esmalta
es oro, y puesto que van
en vuestra nave empeñadas
nuestras personas, podreis
ir seguro. 1. Esto me basta,
que pareceis gente noble;
llega el esquife á la playa,
y vamos á bordo.
Todos. A bordo.
Fed. A Dios hermosa Bretaña,
y quiera Dios que algun dia,
para fin de mis desgracias,
vuelva con la vida á verte,
el que en ti se dexa el alma. *Vanse.*
Salen Alberto viejo, Senescal y Belardo, Jardinero.
Alb. La Duquesa mi señora,
despues del triste suceso
de anoche, que con exceso
toda Bretaña le llora,
quiere venirse en esta Quinta,
sin que el motivo sepamos,
que de flores y de ramos,
el Mayo lucido pinta;
y el mar con ondas suaves,
sin tener mas osadía,
besa de esta galería
los duros marmoles graves
de sus puertas, desde donde
suele salir con sus damas,
surcando montes de escamas
á esa playa, que responde
á la Ciudad, por el puerto;
y hoy me avisó, que vendria
por aquesta galeria

 en.

en sus gondolas, y es cierto,
que ya no puede tardar.
Bel. Todo está ya prevenido
como me habeis advertido:
venga su Alteza, que el mar
quieto en sus esferas sumas
la espera entre sus raudales,
por ninfa de sus cristales,
por Diosa de sus espumas.
Y yo, que soy jardinero,
de estos floridos pensiles,
pienso darle mil abriles,
en ramilletes, que espero
componer con nudos fieles,
aunque son intentos vanos,
siendo jazmines sus manos,
siendo sus labios claveles,
que por Dios, que su belleza
es de todos alegria.
Alb. Su grave melancolia,
y su profunda tristeza,
con mil desvios ingratos,
que sus males acrecientan,
mas cada dia se aumentan.
Bel. A ese achaque llaman flato
los Medicos, disparate
que el alma y juicio enmaraña,
y se dice, que de España
vino con el chocolate.

Se siente dentro ruido de barcos y remos.

Mas los remos nos avisan
de que ya su Alteza llega
á la Quinta. *Alb.* A recibirla
quiero salir á estas puertas,
que el mar con sus ondas bate.

Salen la Duquesa, y sus Damas, vestidas de luto, y Criadas de acompañamiento.

Marg. Ay de mi! qué tantas penas
aun no me quitan la vida!
Cielos, ó vengad mi ofensa,
ó dadme la muerte. *Alb.* Ya,
como vuestra Alteza ordena,
para reyna de sus flores
aquesta Quinta os espera,
alegre, y vana de ver,
que la primavera venga
duplicada á sus paises,
bien que de sus flores bellas
fia el primor y cultura,
menos del aura halagueña
del Mayo, que da el contacto
breve de las plantas vuestras.
Marg. Habeis convocado, Alberto
(como ordené) la nobleza,
y plebe? *Alb.* Ya estan aqui,
y en la antecamara esperan
vuestras ordenes.
Marg. Decidles,
que entren.

Salen los mas que puedan.

1. Denos vuestra Alteza
las plantas. *Marg.* Alzad del suelo.
Y porque no esté suspensa
la Corte: Bretaña, el mundo,
sabed, que á esta Quinta amena
me he retirado, vasallos,
con intento, pues tan cerca
está de la Corte, que
no faltaré á la tarea
del politico gobierno,
de no salir mas de ella,
ni mudar aqueste trage
funesto, hasta que resuelta
tome la justa venganza
de mi agravio, y de mi afrenta.
Y por mi grandeza, juro
por el cielo y las estrellas,
y por el sagrado autor,
que aquestos astros gobierna,
de jamas tomar estado,
ni mirar las luces bellas
del sol, con alegre rostro,
en tanto, que la cabeza
de aquel aleve traydor,
que dió muerte en mi presencia
(rabio al decirlo) á mi esposo,
despojo infame no sea
de mis iras á mis plantas,
para que la fama pueda
las quatro partes del mundo
correr, y desta promesa
darle noticia á los hombres,
pues el que tuviere estrella
(siendo noble) de lograr,
dandole la muerte fiera
á aquel traydor, mi venganza,
gozará sin competencia
de mi estado, de mi mano;

que

que aunque es dificil la empresa,
pues nadie al traydor conoce,
ni hay en mi Corte quien pueda
decir que le ha visto el rostro,
no hay cosa que esté encubierta
del ingenio, y del valor,
porque nada se reserva
del tiempo y de la fortuna;
y asi podrán : mas por estas
ventanas, que el mar registran,
dos naves miro extrangeras,
que por diferentes rumbos
surcando en sus ondas crespas
montes de rizada espuma,
vienen corriendo tormenta,
forcejando contra el viento,
pero ya llegan tan cerca,
que se escuchan sus clamores.

Dentro desde el mar.

Hiza el trinquete y la vela
mayor amayna, Piloto,
hiza la cevadera y entena,
que nos perdemos.

2. Socorrenos, Virgen bella.

Dicen dentro Carlos, Duque de Borgoña, y Doña Juana á un mismo tiempo por diferentes partes.

Carl. y Juan. Valedme, cielos divinos.

Marg. Ya sin timon, y sin velas,
y zozobrada la quilla,
chocando entre aquellas peñas,
se han ido á pique : ay, Alberto,
haced que con diligencia
partan mis gondolas luego,
y recojan las que puedan
en tan misera fortuna!

Alb. Voy á hacer lo que me ordenas;
pero dos jovenes miro,
que dilatando la fiera
muerte, entre las crespas olas,
hácia esta parte se acercan:
socorredlos, entre tanto,
que lo que manda su Alteza
voy á executar.

Vase Alberto, y salen arrojados del mar desnudos Carlos, Duque de Borgoña, y Doña Juana vestida de hombre por diferentes lados.

Carl. y Juan. Fortuna,
mil veces beso la tierra,
con que mi vida redimes!

Porc. Qué desdicha!

Marg. Qué tragedia!

Llega Porcia al Duque, y otra Dama á Doña Juana, y á un tiempo les dicen.

Porc. Mirad, que os está esperando,
extrangeros, la Duquesa
de Bretaña, llegad presto.

Carl. Qué escucho! de nuevo intentas
favorecerme, fortuna:
pues si es Margarita bella
la primer cosa que encuentro,
quando disfrazado á verla
de mi Reyno me ha traido
la fama de su belleza,
feliz al presagio anuncia
mi dicha.

Juan. A las plantas vuestras,
gran señora, mi fortuna,
ya favorable, y no adversa,
pues me arroja á vuestros pies,
pone mi vida, y en ella
(si el infeliz tiene vida)
empeña vuestra grandeza
amparar á un desdichado.
Ay, Don Fernando, que ciega *ap.*
de la muerte de mi hermano,
fue fuerza dexar hacienda,
honor, y patria por ti!
Pues viendome ya sujeta
á la calumnia del vulgo,
de mi patria á la sospecha,
aquella infelice noche,
huyendo de la violencia,
con que amenazó mi vida,
viendo ya que no le queda
otro recurso á mi fama,
que ser tu esposa, resuelta
en tu seguimiento vengo;
por si mi honor, mis finezas,
y mi cariño te obligan.

Carl. Yo, señora : su belleza *ap.*
aun es mayor que su fama;
no infeliz ya, pues la esfera
de tanto sol favorece
mi vida, de mi tragedia
doy gracias á la fortuna,
puesto que á vuestra presencia

me

me trae lisonjera, donde
no solo en mi rostro sella
la obligacion de serviros,
sino me ofrece halagueña
seguro puerto á mis ansias,
gloria inmortal á mis penas,
dulce alivio á mis peligros,
y bonanza en la tormenta.

Marg. Alzad del suelo, y decid
quien sois.

Sale Alberto.

Alb. Ya quedan, señora, en tierra
los miseros navegantes,
sin que ninguno en las crespas
ondas perdiese la vida.

Juan. Yo, bellisima Duquesa
de Bretaña, soy un noble
Español, á quien la adversa
suerte, por una desgracia
sacó de su patria mesma,
que en esa ligera nave
iba á asistir en las guerras
de los Flamencos paises,
quando la borrasca fiera,
que habeis visto, me arrojó
á este sitio, porque tengan
dichoso fin mis desdichas.
Ay, Fernando, quien creyera, *ap.*
que sin que tu me conozcas,
sin que descuidado sepas
mi ser, siguiendote vengo
como á norte, como á esfera
de mi honor, y de mi vida!

Carl. Yo, obedeciendo á tu Alteza,
(hasta saber su intencion. *ap.*
encubrirá mi cautela,
que soy de Borgoña Duque)
soy el Conde de Turena,
Alexandro de Valois,
que con cartas de creencia,
y una solemne embaxada
iba á tu Corte suprema
de parte del Duque Carlos
de Borgoña, á quien su lengua
da la fama de atrevido
(para aclamar sus proezas)
le da renombre inmortal,
porque en las lides sangrientas,
y en los marciales encuentros,
delante de sus hileras
es el primero de todos,
que haciendo su fama eterna,
osado la lanza empuña,
y altivo el bridon maneja.
Y puesto que favorables
los hados á tu presencia
tan sin pensar me han traido,
luego que tu gusto sea
podrás oir mi embaxada.

Marg. En esta ocasion no fuera
agasajo el escucharos;
descansad, que en la primera
audiencia sabré del Duque
la intencion.

Carl. Con qué prudencia,
y severidad responde! *ap.*

Marg. Y vos, puesto que á la tierra

A Juana.

derrotado habeis venido,
tendreis amparo y defensa
en mi piedad generosa,
ya prosiguiendo la empresa,
que os sacó de vuestra patria,
ó quedando con decencia
en mi Corte.

Juan. Mas silencio
en mi obligacion reserva
el justo agradecimiento *ap.*
de tanto favor; ó quiera
dolerse el cielo de mi!

Marg. Conde Alberto.

Alb. Qué me ordena
vuestra Alteza?

Marg. Que lleveis
á vuestra posada mesma
al Conde Alexandro luego,
para que descanse en ella
de las pasadas fortunas,
y juntamente os entrega
mi piedad á ese Español,
pues corre ya por mi cuenta
su amparo.

Alb. Venid los dos.

Juan. Amor.

Marg. Venganza.

Carl. Cautela.

Juan. Que en tal estado me has puesto.

Marg. Que tanto en mi pecho reynas.

Carl. Que á tanto sol me conduces.

Juan. Pues soy ya tu prisionera.

Marg.

Marg. Pues mi ofensa te consagro.
Carl. Pues conoces mis finezas.
Juan. Ampara mi honor perdido.
Marg. Mis nobles iras alienta.
Carl. Favoreced mi esperanza.
Juan. Para que Fernando sepa,
lo que á mi fineza debe.
Marg. Para que logre mi ofensa
satisfaccion de su agravio.
Carl. Para que mi industria pueda
conseguir á Margarita.
Los tres. Y á tan generosa empresa,
ni la estorbe la fortuna,
ni se opongan las estrellas.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Federico, y Don Fernando de Hortelanos con espadas y capotillos, y Chichon.

Fed. Gracias al cielo, Fernando,
que pisamos esta tierra,
despues de tantas fortunas,
afliciones y tormentas,
como en el mar padecimos.
Fern. A la suerte agradeciera,
gran Federico, el que estemos
en Bretaña, quando en ella
tan evidente peligro
vuestra vida conociera.
Fed. Yo por mi parte, Fernando,
agradecido á mi estrella
estoy, porque quando el hado
contrario á mi vida sea,
qué mayor bien, qué fortuna
mayor habrá que perderla
de Margarita á los ojos?
Chic. Tu has dado en gracioso tema:
señores, que haya en el mundo,
quando hay gorronas que ruegan,
quien se ande por imposibles!
Bien haya España, mi tierra,
donde á poca costa encuentro,
á la luz de una taberna,
Princesas, que son fregonas,
fregonas, que son Princesas.
Fed. En efecto, yo no puedo
vivir un punto sin verla;
y asi á Bretaña me vuelvo,
como á centro, y como esfera
donde está mi sol divino,
donde está mi aurora bella.
Chic. Mira por un solo Dios,
que no hay muchacho de escu
ni niño de la doctrina,
que de memoria no sepa,
y que no diga: en España
cayó la gran Princesa de Bretaña;
y si ella cayó, como dicen,
en que estemos aqui, cierta
es nuestra muerte.
Fed. Chichon,
al cielo le agradeciera
esa dicha; y asi elijo,
en dos linages de penas,
mas morir de estarla viendo,
que no morir de no verla.
Ayer en su Corte entramos,
y ayer supimos en ella
(ay, cielos!) que Margarita,
despues de hacer las exequias
de su esposo, ayrada y triste,
vive en una Quinta amena,
retirada de la Corte,
con tan profunda tristeza,
con rencor tan invencible,
que olvidada de sí mesma,
promete su hermosa mano,
á quien me mate ó me prenda,
como sea noble; y que andaba
buscando con diligencia
jardineros, que sirviesen
de pulir la estancia bella
de unos hermosos jardines,
donde divierte su pena.
Mudemos trage y vestidos,
por si consigue mi estrella,
que los dos de jardineros
la sirvamos, porque fuera
de que nadie nos conoce,
despaché, con diligencia,
á Napoles á Laurencio,
avisando de esta empresa
al Rey, mi padre, Fernando,
para que su armada venga,
y costeando estos mares,
esté á la mira en defensa
de nuestras vidas, pues como
esta prevencion, y esta
cautela se logren, pienso,

despues de tantas tragedias,
volver de nuevo la vida
á mi ya esperanza muerta.
Chic. Está bien : mas di, señor,
yo que no he entrado en la huerta,
qué he de hacer?
Fed. Mira, Chichon,
si tu pudieses con ella
introducirte.
Chic. Yo, como?
Fern. Si tu quieres, agudeza
tienes para todo.
Fed. Advierte,
Chichon:::
Chic. Lo que chichonea.
Fed. Que si alguna traza buscas
te ha de valer esta empresa
ser rico toda tu vida,
pues grande fortuna fuera
tenerte siempre á su lado,
siendo una espia secreta,
que de todo me avisase.
Chic. Dexame pensar, que treta
buscaré, que no me valga
chichones en la cabeza:
ser bufon, es cosa fria;
pero, ha buen Chichon! topéla:
No dicen, que á visitarla
de sus continuas tristezas
diversos Medicos vienen
de Flandes, de Inglaterra,
y de otras partes?
Fed. Es cierto.
Chic. Pues no se hable en la materia.
Fed. Necio, si latin no sabes,
en las juntas que se ofrezcan,
como has de hablar?
Chic. Los Doctores
en las juntas de mi tierra,
hablan siempre de sus mulas,
y con echar dos sentencias
de Galeno, y de Esculapio,
que el Demonio las entienda,
uncias quatro, caparrosa,
farmacopola, epidemia,
sicorum mirabolamos,
clistel, berrois, que en mi lengua
todo aquesto decir quiere,
pepinos y berengenas;
con hacerla dos sangrias,
y que la frieguen las piernas,
que me maten si en dos dias
no la pongo sana y buena.
Fed. Toma esta cadena y vete,
que ya estamos á la puerta
de la Quinta. *Chic.* Pues á Dios,
que voy á comprar con ella
un sortijon, y una mula,
pues sola en aquestas prendas
consiste de los Doctores
el artificio y la ciencia. *Vase.*
Fed. La puerta de los jardines
imagino que está abierta,
entremos.
Entran los dos por una puerta, y salen por otra.
Fed. Hermoso sitio!
Fern. Qué magestad, qué grandeza
muestran estatuas y fuentes!
Fed. Aguarda, Fernando, espera,
porque un hombre viene alli,
ayude amor mi cautela.
Sale Belardo.
Bel. La Duquesa mi señora,
para divertirse, en fin,
quiere baxar al jardin,
y me hacen gran falta ahora
Tirso y Llorente, que á fe,
que con cuidado servian,
y los quadros componian,
y hoy es preciso que esté
con aliño y con primor
todo este hermoso bergel,
por dar la Duquesa en él
audiencia al Embaxador
de Borgoña, al qual le he dado
una llave del jardin,
que es muy galante, y en fin,
sus doblones le ha costado,
para venir al terrero
estas noches á parlar
con las damas, y á gastar
necedades y dinero.
Amantes, los que os andais
en tan imposible empleo,
de qué os sirve? Mas qué veo?
á quien, hidalgos, buscais?
Fed. Por noticia, que he tenido,
señor, de otros compañeros,
que buscan dos jardineros,

yo y mi hermano hemos sabido,
y asi venimos los dos,
con grato y sencillo pecho,
por si somos de provecho
para este oficio. *Bel.* Por Dios,
que me parecen honrados, *ap.*
y ha sido fortuna extraña:
de qué tierra sois?
Fern. De España.
Bel. Animos cria alentados:
qué os forzó á dexar la tierra?
Fern. De nuestro oficio advertir
la poca medra, y seguir
los aplausos de la guerra,
pero como la fortuna
es varia, aunque la buscamos
mi hermano y yo, no la hallamos;
y asi á la primera cuna
se vuelven nuestros ardores,
creyendo de su rigor,
que viviremos mejor
entre exercitos de flores.
Bel. Qué nombre teneis aguardo.
Fern. Ayuda mi intento, amor: *ap.*
Celio me llamo, señor.
Fed. Y yo me llamo Lisardo.
Bel. De suerte, qué bien sabrá
vuestra maña y vuestro aseo
cuidar de aqueste recreo?
Fed. La experiencia lo dirá.
Bel. Alto, ya estais recibidos;
y asi, no hay sino empezar
á servir y trabajar;
y estad los dos advertidos,
que es buena ocasion ahora
la que la fortuna os da,
porque en esta Quinta está
la Duquesa mi señora,
que como de aquestas fuentes
invenciones fabriqueis,
y las flores adorneis
con aliños diferentes,
cuidando de estos amenos
quadros, que abril matizó,
podeis obligarla.
Fed. Yo
me contentára con menos. *ap.*
Bel. La soldada que os darán
á cada uno cada dia
(y corre por cuenta mia)
es real y medio, y un pan.
Aqui tendreis, sin engaño,
zapatos cada tres meses,
y vestido cada un año,
vino que un candil atiza,
leña quanta se quisiere,
sin los provechos que os diere
la fruta, con la hortaliza:
Oid á parte.

Sale Doña Juana vestida tambien de hombre.

Juan. Mis penas,
y mis ansias á este sitio
me traen, pues la soledad
es de la tristeza alivio,
buena me has puesto, fortuna,
pues habiendo ya sabido
(ay de mi!) que Don Fernando
no está en Flandes, en servicio
de la Duquesa me tienes,
buscando amparo y abrigo
en su grandeza. Ay, Fernando,
qué lagrimas, qué suspiros
no me cuestas, sin que pueda,
á costa del dolor mio,
encontrarte, ni atraerte
al iman de mi cariño!
O, si mi afecto supiera!
Mas, cielos, qué es lo que miro?
es ilusion? es encanto?
es fantasia? es delirio?
No es Don Fernando aquel hombre,
que toscamente vestido
está con Belardo hablando?
estoy loca, estoy sin juicio.
Como es posible, que á un alma
pueda engañar un sentido?
asi averiguarlo quiero:
ha hidalgo. *Fern.* Es á mi?
Juan. A vos digo:
él es, cielos! y yo extraño
la causa que le ha traido
á Bretaña en este trage:
mas apurar sus designios
intentaré.
Fern. Qué mandais?
Juan. La primera vez que os miro
en los jardines es esta;
y asi quisiera:::
Fern. Decidlo.

Juan. Saber quien sois: ay fortuna *ap.*
tan extraña!
Fern. Con deciros,
que otro compañero, y yo
en aqueste instante mismo
nos hemos acomodado,
pará adornar este sitio,
arboles, quadros y fuentes,
á todo os he respondido.
Juan. El nombre?
Fern. Celio es mi nombre.
Juan. De qué tierra?
Fern. Nunca olvido,
ni niego mi patria, España.
Juan. Cielos, hablarle es preciso, *ap.*
y no hay ocasion ahora!
esto ha de ser: hoy he venido
á traeros un recado
de una Española, que vino
á ser dama de su Alteza,
y que hoy está en su servicio:
desde aquestos miradores
os vió pasar; y ha sabido,
Celio, que sois Español,
á cuya causa me dixo,
que porque tiene que hablaros,
en estando recogidos
en la Quinta, baxará
á buscaros á este sitio,
encargandoos, que sin falta
esteis en él, advertido
de que es cosa que la importa;
y ahora, porque he sentido
que su Alteza al jardin baxa,
es ausentarme preciso;
á Dios os quedad: Fortuna,
buscaré luego un vestido *ap.*
de muger, y baxaré,
entre estas flores y mirtos
á celebrar mi ventura;
pues hallando un bien perdido,
ya, ni temo tus mudanzas,
ni me afligen mis peligros.
Vase Doña Juana.
Fern. Cielos divinos, que oí!
Hay novela mas extraña!
Con tal trage, y en Bretaña,
quien puede buscarme á mi?
Vive Dios, que he de apurar
este enigma, y he de ver
á esta Española muger.
Bel. Ea, hijos, á trabajar,
mirad, que hay mucho que hacer,
é importa la brevedad:
los azadones tomad,
Da los azadones.
y empezad á componer
estos quadros; pero alli,
amor en tantos desvelos,
la Duquesa viene.
Fed. Ay, cielo,
duelete una vez de mi!
Ponense á cabar los dos, apartase á un lado Belardo, y sale la Duquesa Margarita de luto, y Alberto, Senescal, Flora y Damas.
Sen. Los memoriales, señora,
como me ordenaste hoy,
traygo á su Alteza.
Marg. No estoy
para despachar ahora:
dexadme.
Sen. Rara tristeza!
Marg. Senescal: de pena muero!
Sen. Señora. *Marg.* Leed el primero.
Sen. Aqui suplica á tu Alteza.
Marg. Qué decis?
Sen. El memorial.
Marg. No os acabé de advertir,
que ninguno quiero oir?
Sen. Yo entendí:::
Marg. Entendiste mal;
bueno es querer vos, que aqui
entre mil ansias mortales
esté yo en los memoriales,
no acertando á estar en mi.
Ay, Enrique! quien pudiera,
á costa de mi dolor,
vengarte de aquel traydor,
que á mis ojos muerte fiera
te dió, por vengar en él
mi irritado corazon,
la mas horrenda traicion,
y el delito mas cruel,
que vió el mundo.
Flor. Gran señora,
por Dios que alegrarte intentes
entre estas flores y fuentes.
Marg. En mi no hay alivio, Flora.
Flor. Hasta estar triste asegura *ap.*

aplausos á tu belleza,
que al paso de tu tristeza
va creciendo tu hermosura.
Marg. Lisonjas, Flora? *Flor.* Señora,
negarlo fuera traicion.
Marg. Aquellos hombres quien son?
Bel. Son jardineros, que ahora
acabo de recibir.
Marg. Llamadlos.
Fed. Ay, soles bellos! *ap.*
Marg. Por ver si puedo con ellos
mi tristeza divertir.
Bel. Ola, mancebos, llegad,
ved que su Alteza os aguarda.
Fed. Tanta dicha me acobarda:
dadnos las plantas. *De rodillas.*
Marg. Alzad. *A Federico.*
Bel. Este se llama Lisardo,
y este Celio; hermanos son.
A Fernando.
Flor. Y el tal Celio, en conclusion,
es brioso, y es gallardo. *ap.*
Marg. De donde sois?
Fed. En España
nacimos, sin duda alguna.
Marg. Y decidme, qué fortuna
traxo los dos á Bretaña?
Fed. Verme en mi patria morir.
Marg. Puedo la causa entender?
Fed. Aunque la querais saber,
yo no os la sabré decir.
Marg. Tanto os empacha el secreto?
Fed. Delante de vos no sé
como lo diga. *Marg.* Por qué?
Fed. Me turba vuestro respeto.
Marg. Ya mi licencia teneis;
y fuera de que os la doy,
me advertís. *Fed.* Sin mi estoy!
basta que vos lo mandeis.
Marg. Era pobreza en rigor
lo que me encubres ahora?
hablad claro. *Fed.* No señora.
Marg. Pues que era? decidlo.
Fed. Amor.
Marg. Amor fue la causa, pues,
y eso os tuvo enmudecido?
Fed. Qué retorica ha podido
decir lo que el amor es?
Marg. Qué en vos tambien hay firmeza?
De que os turbais? *Fed.* En rigor,
de haber nombrado el amor
delante de vuestra Alteza.
Marg. No ví lenguage tan raro, *ap.*
tan cortesano, y discreto:
y en fin, quien era el sugeto?
porque si mal no reparo,
os pudo corresponder:
decidme quien era ya.
Fed. Una muger. *Flor.* Claro está,
que un hombre no habia de ser.
Marg. Tal rato tener no espero. *ap.*
Flora, escucha por tu vida,
que me tiene divertida
el amor del jardinero:
era hermosa?
Fed. El que está amando
siempre el sugeto encarece:
lo era tanto, que parece,
que ahora la estoy mirando;
en fin, aleve y tirana,
solo por quererla, entiendo,
que hoy me está aborreciendo.
Marg. Vos lo olvidaréis mañana;
pero queriendola asi,
como tan tibio os mostrais,
y en España la dexais?
Fed. Què sabeis vos si está aqui?
Marg. Que no he tenido, sospecho, *ap.*
mejor rato; aqui? no sé
como puede ser. *Fed.* Porque
siempre la traigo en mi pecho.
Marg. Decid, sabreis componer
esos quadros que mirais?
Fed. Si vos al jardin baxais,
qué tiene el arte que hacer?
ocioso ha de ser al tiempo
cuidar de este sitio, quando
al paso que vos pisando,
ya la tierra floreciendo.
Todo este vulgo de olores
solo á vuestra vista crece,
y este sitio os obedece
como á Reyna de las flores.
Del aurora al arrebol
os harán mis manos fieles
ramilletes de claveles,
pastillas que quema el sol.
Narcisos del nombre vanos,
presentaros mi fe intenta;

los jazmines, haced cuenta
que los teneis en las manos.
Esto os ofrezco, y en fin,
como llegue alegre á veros,
haré mucho, y no en volveros
lo que vos dais al jardin.

Sale un Criado.

Criad. Un Medico, gran señora,
que me parece en la traza
Español, y por las señas,
la figura mas extraña,
que he visto, te quiere hablar.
Marg. Decidle, que entre: tiranas
memorias, qué me quereis?

Sale Chichon de Medico gracioso.

Chic. Paz sea en aquesta casa:
que aunque es jardin, en nosotros
esta es la entrada ordinaria:
quien es aqui mi señora
la Duquesa?
Sen. Qué ignorancia!
la que mirais.
Chic. Soy un puerco:
Dadme, señora, esas plantas,
y tened á mucha dicha,
que aquesta visita os haga
el mayor Fisico, que hay
en Flandes, ni en Transilvania.
Flor. Rara figura es el hombre.
Marg. Como os llamais?
Chic. En España,
el Doctor Sanalotodo
los muchachos me llamaban.
Marg. Con tanto acierto curais?
Chic. Es echarme á mi tercianas,
y tabardillos, echar
sombreros á la tarasca:
en mi vida curé enfermo,
que no saliese de casa
en breves dias, señora.
Marg. Esa habilidad no es mala:
Cómo?
Chic. A la Iglesia, entre quatro
hermanos de la capacha:
á los enfermos de ojos,
no solamente sanaba;
mas quedaban con oficio.
Marg. Con oficio?
Chic. Es que cegaban,
y el que con vista, no tuvo
en su vida, ni una blanca,
estando ciego, de ochavos
era una sima de cabra:
posible es que de el Doctor
Gordolobo, no haya fama
en esta tierra? En efecto,
llegó, señora, á mi patria
vuestra rara hipocondria,
que es un mal que toca en rabia,
y luego al punto, aunque en ella
un poco de oro ganaba,
vine á veros, porque hablando
de veras, no hay en España
quien las cure como yo.
Marg. De los achaques del alma,
Doctor, quien entiende?
Chic. Bueno!
yo me pelaré las barbas,
si en dos dias no os pusiere
alegre como una pascua.

Hincase de rodillas, y enseñale el pul

Venga el pulso: intercadente
le teneis, flatorum causa;
primeramente os ordeno,
que sea corta la vianda;
porque dice allá Galeno:
omnis saturatio es mala.
De noche podeis tomar,
si quereis, una almendrada
de capones muy manidos
pasados por alquitára.
Marg. Nunca tal remedio oí.
Chic. Pues es de mucha substancia:
chocolate, ni por pienso,
es melancolico, y mata,
& es valde opilativum,
Galeno, sessione quarta,
parrafo chocolatorum;
y bebereis limonadas,
y cosas frescas: con esto,
y con que empeceis mañana
á sangraros un poquito,
por la sangre requemada
que teneis, y una pugata
y fricamentos que os hagan;
uncias quatro de viguela,
y de musicas dos dragmas,
la señora hipocondria
se irá muy enoramala.
Marg. Buen humor teneis.

Chic. Señora,
cada uno el que tiene gasta.
Marg. Para mis males, mas ciencia
teneis vos, sin saber nada,
que todos los que me curan;
y pues yo he sido la causa,
segun decís, de que vos
dexado hayais vuestra patria,
en mi camara os quedad.
Chic. Beso mil veces tus plantas:
pero vive Dios, que aqui
lo mejor se me olvidaba.
Marg. Y es?
Chic. Que en aquestos jardines,
por tardes, y por mañanas
hagais exercicio, porque
los humores adelgaza,
y desopila, miradlo
en aquestos que trabajan,
que estan robustos, y es solo
el exercicio la causa:
bravos picarones son.
Llegase á ellos.
Fed. La vida me has dado. *ap.*
Chic. Calla, *ap.*
que no he de ser yo Chichon,
ó he de ponerla mas blanda
que una breva: quien es este,
que parece un gran panarra?
Pasa aqui vos.
Por Don Fernando.
Fern. Estás loco?
Chic. Las raciones atrasadas
me has de pagar, y sino
allá lo verás mañana.
Por Jesuchristo, señora,
que teneis famosas Damas
en vuestro servicio; cierto,
que hay aqui angelicas caras:
y aquesta que está á mi lado
A Flora.
mil reconcomios me causa:
Diga Reyna: tiene Usía
tambien por concomitancia
hipocondria? *Flor.* Una poca.
Chic. Qué ojos de grande taymada
tiene! *Flor.* Por qué lo pregunta
el señor Doctor? *Chic.* Por darla
unas pildorillas, con que
quede como una manzana.
Flor. Deselas allá á su mula,
señor Albeytar.
Chic. Deo gracias.
Sale un Criado.
Criad. El Embaxador, señora,
para entrar licencia aguarda.
Marg. Cielos, no sabré decir
quanto aqueste hombre me cansa!
Decid, que entre.
Sientase ella.
Fed. Quien será
este Embaxador, que el alma
me anuncia un pesar?
Fern. No sé;
oye, disimula y calla.
Sale Carlos Duque de Borgoña con acompañamiento.
Carl. Puesto, gran señora, que
pudieran ser escusadas,
para mi estas audiencias,
pues hallo en solicitarlas
despegos en vos, y en mi
repetidas ignorancias,
aquesta no escuso, pues
bien conoceis la distancia,
que de un vasallo que sirve,
hay á un Principe que manda.
El Duque Carlos.
Marg. Tomad
Sientase.
asiento; y en que yo os haya
dado motivo á esa queja,
no sé qué razon, qué causa
tengais, si la ocasionan
mis tristezas, y mis ansias,
porque el semblante de un triste
siempre los ojos le engañan:
esto supuesto, podeis
proseguir vuestra embaxada.
Carl. No ignorará vuestra Alteza,
las guerras tan continuadas,
que por muchos años hubo,
entre Borgoña y Bretaña,
hasta que fuisteis, señora,
el Iris desta borrasca:
murió vuestro padre, en fin,
y en su testamento manda,
que le deis la mano á Carlos,
que con esto se ajustáran
las paces, quedando firmes

con tan segura alianza.
Y hoy, pues, sin mirar lo bien,
que á estas coronas estaba
aquesta union, elegisteis
(ya fuese por su desgracia,
ó ya por otras razones
que mi discurso no alcanza)
para vuestro esposo á Enrique,
hermano del Rey de Francia,
que á traydoras manos muerto,
en mejor reyno descansa.
Fed. Esto escucho? Vive Dios,
que la paciencia me falta! *ap.*
Carl. Menospreciado y zeloso
el Duque (razones ambas,
que si juntas iras crecen,
cada una de por sí mata)
viendo, que de los conciertos
le faltas á la palabra,
de que está pendiente el mundo,
y su opinion agraviada,
siendo un hombre, que no sufre
escrupulos en la fama,
su resolucion postrera
hoy me escribe en esta carta;
en quanto á que V. Alteza
su casamiento dilata,
hasta que del homicida
tome la justa venganza,
es nueva industria, porque
si señas de él no se hallan,
ni nadie puede afirmar,
que le haya visto la cara,
como ha de cumplir ninguno
lo que un imposible ataja?
Fed. Qué no pueda mi valor *ap.*
volver por si? pena extraña!
Carl. Esto mismo á V. Alteza
he dicho en audiencias varias,
que me ha dado: pero ahora,
para decir lo que falta,
escuchame atentamente,
porque es el Duque, quien habla.
Dice, pues, que si porfia
vuestra Alteza en esa vana
ilusion, entreteniendo
á su costa su esperanza:
Haciendo notorio al mundo
la razon, con que se halla,
sin mas dilacion, la guerra
á sangre y fuego os declara,
siendo el primero que marche
delante de sus esquadras,
y por vuestras tierras entre
al són del clarin y caxas,
empuñando el limpio acero,
blandiendo la dura lanza,
vestido el grabado arnés,
ó la pesada coraza.
Y con veinte mil infantes,
hijos de Marte, en campaña
le veréis, sin que haya almena,
que por el suelo no cayga,
pues á pesar::: *Fed.* Qué esto sufra!
Carl. Del mundo::: *Fed.* Detente, aguarda
que delante de su Alteza
tan arrogantes palabras
no se sufren, quando sabes,
que en los corazones manda
de sus vasallos, pues todos,
en defensa de su fama,
sabrán oponerse á quantos
solicitan injuriarla;
y yo que:::
Carl. Como atrevido:::
Levantase.
Marg. Estais loco, ha de mi guarda
prendedle. *Fed.* Perdon, señora,
os pido de mi ignorancia,
que no estuve en mi. *Marg.* Dexadle
porque accion tan arrojada
bien arguye su locura,
como al momento se vaya
de mi presencia. *Fed.* Señora,
advertid::: *Marg.* No advierto nada: *ap.*
idos; aunque mas le riño,
no he visto accion tan bizarra.
Fed. Sí, haré, advirtiendo primero,
si el Duque sale á campaña,
que en vuestra defensa siempre
sabré poner vida y alma. *Vase.*
Fern. Yo con morir á su lado
cumplo con mi honor y fama.
Vase Fernando.
Carl. Qué responde vuestra Alteza
á lo que he propuesto? *Marg.* Nada:
ya os respondió el jardinero.
Carl. Era un loco.
Marg. Y la embaxada
que traeis es cuerda?

Carl. Advierta
vuestra Alteza, que:: *Marg.* Basta,
que no en valde á vuestro dueño
el atrevido le llaman. *Yendose.*
Carl. Sabrá el Duque:::
Marg. Bien está;
la voluntad á las armas
no se rinde: llena, cielos,
llevo de dudas el alma.
Vanse, y Carlos se queda.
Carl. Cielos, que venga yo á oir
tantos baldones? Ha ingrata!
con tan indignos desprecios
un tan noble afecto pagas?
A quien te sirve maltratas?
A quien te adora aborreces?
Pues, cielos, yo he de buscar
algun remedio á mis ansias.
Y pues, las mas noches viene
á divertirse á la estancia
destos hermosos jardines,
y yo, de esta puerta falsa
tengo llave, que Belardo
me dió, y estan en la playa
del mar mis naves y gente,
vive Dios, que he de robarla
esta noche, pues es facil,
dandome esta puerta entrada
á este sitio, conseguirlo.
Y pues bate las murallas
desta Quinta el mar, podré
con menos riesgo embarcarla,
y llevarmela á Borgoña,
donde, si una vez se halla,
la defenderé del mundo:
tiempo, apresura las alas
de tu curso; noche, llega
para ver, ya que me falta
la ventura, si la industria
á la fortuna aventaja. *Vase.*
Sale Doña Juana de muger.
Juan. Amor tirano, que asi
acrisolaste mi fe,
ya con un bien que encontré,
no he de quejarme de ti.
Todos estan sepultados
del sueño en la suspension;
qué mucho, si solo son
los despiertos, mis cuidados.
Con este vestido, en fin,
que con recato busqué,
y no poca dicha fue,
hallarle, vengo al jardin,
á este sitio señalado,
palestra de mis desvelos:
ningun ruido siento: ay, cielos!
si habrá Fernando llegado?
solo escucho (qué congojas!)
entre acentos diferentes,
golpes de plata en las fuentes,
soplos del viento en las hojas.
Cielos! á él se le olvidó,
que como tan libre está,
sin cuidado dormirá:
mas de quien me quejo yo,
si loca y ciega (ay de mi!)
el imposible conquisto
de un hombre, que no me ha visto?
Sale Don Fernando por la otra parte.
Fern. Tal obscuridad no ví?
pero segun me avisaron,
este sin duda es el puesto,
donde la dama Española
dice que aguarde: yo vengo,
de la duda, y de la noche
dos veces confuso y ciego:
quien será aquesta muger?
Juan. Pasos á esta parte siento:
es Celio?
Fern. Sí, el mesmo soy.
Juan. Rato ha, que mi sufrimiento
culpaba vuestra tardanza.
Fern. Yo á mi fortuna agradezco
esta dicha: mas decidme,
quien sois? *Juan.* A eso solo vengo,
una muger Española,
que por extraños sucesos
viene á Bretaña, y pues vos
sois Español, saber quiero,
si en mi patria, que es Madrid,
estuvisteis algun tiempo.
Fern. Si señora. *Juan.* Conocisteis
en Madrid á un caballero,
cuyo nombre y apellido
eran, si mal no me acuerdo,
Don Fernando de Mendoza?
Fern. Qué es esto que escucho, cielos?
disimular es preciso.
Juan. Digolo, porque en extremo
á él os pareceis, y tanto,

que juzgué que erais el mesmo.
Fern. Aunque mas hago memoria,
de ese nombre no me acuerdo.
Juan. Bien finge. *ap.*
Fern. Pero por qué
me lo preguntais?
Juan. Por esto:
Yo, Celio, dexé en España
una amiga, á quien confieso,
que quiero como á mi misma,
muy noble, rica en extremo,
y no fea; aquesta dama,
vivia pared en medio
de cierta conversacion,
donde algunos caballeros
á entretenerse acudian,
siendo Don Fernando, entre ellos,
quien mas la cursaba; en fin,
de los continuos paseos,
y asistencias, que tenia
en su calle, amor, que es ciego,
y por la vista penetra
lo mas oculto del pecho,
le aficionó á Don Fernando
con tal recato y secreto,
que aun con los ojos no quiso
darle á entender sus afectos.
Estando, pues, esta dama
en una reja asistiendo
de su casa cierta noche,
pasaba este caballero,
y persuadida (que fue
gran liviandad os confieso)
de su amor, con una seña
le obligó á llegar, á tiempo,
que al sitio un hermano suyo
llegaba tambien, y viendo
á aquel hombre á sus ventanas
queriendo reconocerlo,
á pocas palabras, ambos,
desnudaron los aceros,
y el hermano desta dama
cayó de una herida muerto.
Fuese Don Fernando á Flandes,
segun se dixo, y viniendo
yo á Bretaña (por acasos,
que no os importa el saberlos)
me encargó mi amiga, que
le avisase con secreto,
si estaba en Flandes, ó en otra
parte alguna, pues es cierto,
que ni la infelice muerte
de su hermano, ni el remedio
de la ausencia, son bastantes
á borrarla de su pecho
aquel primero caracter.
Llegastes aqui, diciendo
ser Español y Soldado,
quise informarme, y supuesto,
que vos no le conoceis,
ni señas de él hallar puedo,
quedaos con Dios.
Fern. Esperad.
A quien en el mundo, cielos,
tal lance habrá sucedido?
pues supe de mi suceso,
lo que aun yo mismo ignoraba.
Juan. Bien se ha logrado mi intento.
Fern. Admirado estoy, señora,
de tan extraño, tan nuevo
lance de amor; pero, en fin,
disculpo á ese caballero,
pues si él estaba ignorante
de esa aficion, no le ha hecho
agravio alguno á esa dama.
Juan. Asi lo está conociendo.
Fern. Podeis decirme su nombre?
Juan. Qué os importa á vos?
Fern. Deseo
ver un milagro de amor,
y que haya en aquestos tiempos
muger, que sin darle parte
á quien ama, este queriendo
tan firme como decís?
Juan. Ese no es milagro nuevo,
pues á estar de espacio ahora
pudiera daros exemplos
no pocos: bien mi cautela
se logra.

Sale Flora.

Flor. Buscando á Celio,
á estas horas, y á este sitio,
me traen, amor tus enredos;
nunca tal de mi creyera,
liviana soy, vive el cielo.
Juan. Ay, Dios! gente en el jardin
he sentido, y á gran riesgo
estoy, si en aqueste trage
me encuentran aqui; el silencio
me valga, y la noche, pues d

desta suerte lo remedio.

Vase Doña Juana.

Fern. Proseguid, señora, pues
con mucho gusto está Celio
escuchando esas memorias.
Flor. En el jardin está, cielos,
y sin duda me escuchó:
pues habla conmigo, quiero
llegarme. *Fern.* No respondeis?
Flor. Hablad un poco mas quedo,
y tened á mucha dicha,
que el mas divino sugeto
que hay en esta casa, os quiera
hacer favor tan supremo,
como el que mirais.
Fern. No ignoro
el grande favor, que os debo,
en haber por mi baxado
al jardin. *Flor.* Yo os lo confieso,
que en señora de mis prendas
ha sido un gran desacierto
el que venga yo á buscaros,
quando dexo en el terrero
mil amantes, que por mi
estan bebiendo los vientos,
y á esta hora se estarán
acatarrando al sereno.
Fern. No os dexareis ver de dia?
Flor. Es temprano para eso,
que una muger de mi garbo,
de mi cara, y de mi aseo,
del sol no dexa mirarse,
sirva y merezca el buen Celio,
que despues verá la dicha,
que le ha reservado el cielo.
Fern. No parece esta la voz,
que yo escuchaba primero.

Dentro Margarita.

Marg. Flora, Leonarda, Fenisa.
Flor. Mas la Duquesa á este puesto
viene, retiraos ahora,
que yo á este sitio os prometo
venir otra vez. *Fern.* A Dios;
mas dudas que traxe llevo.

Vase Fernando, y sale la Duquesa Margarita.

Marg. No he podido sosegar
en mi quarto, y asi vengo
al jardin, porque de un triste
es la soledad remedio.

Sale Federico.

Fed. Siguiendo de la Duquesa
las pisadas y los ecos,
llego á este sitio, bien como
á imán de mis pensamientos.
Flor. Gran señora, V. Alteza
en el jardin?
Marg. Qué es aquesto?
Flora, tu estabas aqui?
Flor. No pude llamar al sueño
con el calor, y al jardin
me salí á tomar el fresco.
Marg. Pues vête de aqui, que sola
quiero estar.
Flor. Ya te obedezco. *Vase.*
Marg. Cielos, quando han de acabarse
mis penas, y mis tormentos?
Quando con una venganza
daré á mis males remedio?
Pero esto dexando á un lado
quien será este jardinero?
este Lisardo? pues hallo,
que fuera de ser discreto
(lenguage, que no se aprende
en oficio tan grosero)
al Embaxador, por mi
respondió con tanto aliento,
que obligada; mas que digo,
quando es para mas tormento,
cada recuerdo, un agravio,
cada memoria, un desprecio?
Fed. Nada de lo que habla escucho;
ay, bellisimos luceros,
si alumbrais, como mis ojos
ha tanto que os sirven ciegos!
ó si á costa de mi vida
pudiera yo:::

Salen Carlos, y otros tres con armas por la puerta del jardin.

Carl. Pisad quedo,
pues el silencio, y la noche
me ayudan para el intento:
todo está ya prevenido,
pues hasta un esquife dexo
á la margen de esta Quinta,
que bate el mar: con silencio
seguidme todos.
Fed. Qué escucho?
gente parece que siento;
y si no miente el oido,

la puerta falsa han abierto.
Marg. Parece que oygo rumor;
mas serán Lisardo ó Celio,
que aun no se habrán recogido:
quien va? quien es?
Carl. Santos Cielos!
de la Duquesa es la voz:
pero asegurarme intento
con esta industria: hay tal dicha!
Soy señora, un jardinero
de vuestra Alteza. *Fed.* Qué escucho?
aqui hay traicion, vive el cielo!
Marg. En la voz os desconozco.
Carl. Desconocida á su dueño
habeis sido siempre, y pues
os hallo aqui, vive el cielo!
que ha de acabar la violencia,
lo que no ha podido el ruego:
llevadla de aqui. *Fed.* Ha traydores!
no veis que yo la defiendo?
Marg. Ha de mi guarda, Soldados.
Fabricio, Don Juan, Alberto.
Carl. Matadle. *Todos.* Muera.
Fed. Ha, villanos!
no es facil, porque primero
os he de hacer mil pedazos.
1. Un rayo ardiente es su acero!
huyamos. *Fed.* Ha, vil canalla!
Carl. Ya no es posible hacer menos,
que se alborota la Quinta.
Metelos á cuchilladas.
Marg. Sacad unas luces presto.
Dentro Federico.
Fed. Huid, cobardes traydores.
Dentro Senescal.
Sen. De su Alteza son los ecos,
baxemos todos.
Dent. Fed. Villanos,
de aquesta suerte mi acero
castiga vuestra osadía.
Dent. 1. Al esquife, compañeros.
Salen todos con hachas y armas.
Criad. Ya estan las luces aqui.
Sen. Gran señora, qué es aquesto?
Marg. Ay, Alberto, muerta estoy!
Sale Federico con la espada desnuda.
Fed. Ya vuestra Alteza del riesgo
libre está. *Marg.* Cielos, qué miro!
que vos, Lisardo, en efecto,
sois á quien debo la vida?
Fed. Corrido á escucharos llego,
porque es echarme á mi
lo que obró vuestro respeto.
Marg. Quando es la verdad tan clara,
poco vale el ser modesto.
Fern. Vive Dios, que estoy corrido
de no haber llegado á tiempo.
Chic. Y el Doctor, que ya venia
purga en ristre á dar tras ellos.
Marg. Qué quereis que haga por vos
que daros quanto poseo
me parece poco. *Fed.* Yo,
gran señora, os lo agradezco;
mas la dicha de serviros,
es para mi el mayor premio.
Marg. Discreto sois.
Fed. Pero ya,
que á vuestras plantas me veo,
con una palabra solo
que me deis (valedme, cielos!)
seré el hombre mas feliz
del mundo. *Marg.* Decidlo presto.
Fed. Yo señora, fuí soldado,
como ya os dixe primero,
antes de entrar á serviros,
y por lances, que no os cuento,
un poderoso enemigo
adquirí, de quien huyendo
vine á aquesta Quinta, el qual
de enojo y colera ciego,
jura, que me ha de buscar
en los mas ocultos senos
de la tierra, y si me halla,
ha de matarme; yo viendo,
que de su poder, que es mucho,
en vano librarme puedo;
de vuestro amparo me valgo,
pues si me ayudais:: *Marg.* Tened
que por mi corona juro,
y mi palabra os empeño,
de defender vuestra vida
en qualquiera trance ó riesgo,
que corra peligro: todo
esto seguro os ofrezco.
Fed. Mirad, que es mucho enemigo.
Marg. Qué importa, si yo os defiendo?
Aquesta palabra os doy.
Fed. Yo gran señora, la acepto.
Fortuna, ya de mi dicha
subí el escalon primero.

Marg. Valgate Dios por Lisardo,
en que de dudas me has puesto!

JORNADA TERCERA.

Sale Federico con azadon.

Fed. Amor, que en dulces despojos
usurpaste á mis sentidos
la vista por los oidos,
y la atencion por los ojos:
qué triunfo, qué vanagloria
da á tu poder invencible,
que yo siga un imposible,
y esclavo de mi memoria
selle y arrastre en mis penas,
para añadirte un trofeo,
los yerros de mi deseo,
de mi temor las cadenas?
De qué sirve, si se advierte,
quando executas la herida,
que tu me quites la vida,
si yo no temo la muerte?
Y asi, pues, ningun blason
de mi tu poder alcanza,
ó ciegame en la esperanza,
ó alumbrame en la razon,
y si olvida quien trabaja
su pena, alto á trabajar.

Sale Fernando con azadon.

Fern. Amor, quien se ha de librar
de ti, si con tal ventaja
acometes tan veloz,
que aun no dexan tus antojos
al sentido de los ojos
el consuelo de la voz?
Este retrato encontré
en ese quadro, y tan ciego
quedé á su vista, que luego
la libertad le entregué
á su hermosura rendido.
Y si repara mi empeño,
presumo, que he visto al dueño,
que amante le habrá perdido,
descuidado en el jardin:
sin vida estoy, yo estoy loco,
todo es dudas quanto toco;
y para matarme, en fin,
entre confusos desvelos
de mi fortuna el rigor,
antes que con el amor,
me acomete con los zelos.
Pero en dolor tan tirano,
con secreto he de saber
quien es aquesta muger.

Fed. Fernando. *Fern.* Señor.

Fed. Temprano
has venido á la tarea
del jardin.

Fern. Como en rigor,
tu rindes feudo al amor,
dudas, que en otro se emplea
su poder; y te aseguro,
que á cultivar estas flores
vine libre, y sus rigores
siento ya, porque seguro
ninguno esté de su engaño.

Fed. Luego tu, segun infiero,
ya eres de amor prisionero?

Fern. Por el modo mas extraño,
que pudo hallar el deseo,
á su violencia he rendido
la libertad y el sentido:
mira esa copia. *Fed.* Ya veo
su hermosura, y he notado,
aunque el pincel encarece
su primor, que me parece
que he visto de este traslado
el original. *Fern.* Pues yo,
si decirte verdad trato,
me he rendido á ese retrato:
esta mañana le halló
mi cuidado entre estas flores,
y al ver su rara beldad,
se llevó mi libertad.

Fed. De tan extraños amores
me riera, á no saber,
que otro retrato en rigor
fue motivo de mi amor;
pero dime, qué has de hacer,
sino conoces el dueño
de esa copia? *Fern.* Recatado
procurará mi cuidado
facilitar este empeño,
y asi averiguar podré
quien es muger tan divina,
que tanto á amarla me inclina.

Fed. Dificil empeño fue,
pero dexando esto á un lado,
qué te parece, en rigor,
de este mi imposible amor?

Fern.

Fern. Qué, siento verme empeñado
en tan dificil empresa,
aunque del tiempo imagino,
que presto abrirá camino
á tu dicha. *Fed.* La Duquesa,
despues que el Duque traydor
de Borgoña, del jardin
la quiso robar, en fin,
fingiendose Embaxador
de sí mismo; y con secreto
de Bretaña se ausentó,
y la guerra publicó,
como zeloso, en efecto,
y agraviado; agradecida,
muestra en qualquier ocasion,
deberme la obligacion
de haberla dado la vida.
Qué importa (ay de mi!)
que esté á mi esfuerzo obligada,
quando la tengo agraviada?
Pero á Margarita vi
entre aquesos eminentes
ramos, que con mil primores
cubren, y enlazan las flores,
que á la estancia de las fuentes
se encamina, y en rigor,
no puede mi pecho amante
estar sin verla un instante.
A Dios, Don Fernando.
Vase, y sale Flora.
Flor. Amor
vendado, rapaz, ratero,
todo engaños, todo horrores,
que conociendo mis flores,
me rindes á un jardinero.
Yo te ofrezco; mas ya tengo
al tal Celio en la estacada:
confusa estoy y turbada.
Sale Chichon.
Chic. Buscando á Florilla vengo,
que, en fin, es dama segura;
pero mi amo está alli:
quiero escuchar desde aquí.
Flor. Qué dirás de tu ventura,
Celio, si á buscarte viene,
levantandose al aurora,
no menos, que toda Flora
Gonzalez? *Fern.* Que me previene
una dicha no pensada;
mas decid, qué me quereis?
Flor. Parece que no entendeis:
digo, que vengo inclinada
á ese talle, á ese azadon,
y á ese capote grosero,
entendedlo, majadero.
Fern. Confieso mi obligacion,
y aunque serviros disponga,
mi humildad está estorbando
mi dicha. *Chic.* El tal Don Fernand
no la ocupe, aunque es mondonga:
rabiando estoy. *Flor.* Pues supuest
que nadie ahora nos mira,
estos brazos::: *Chic.* Brava gira.
Flor. Confirmarán.
Sale Chichon.
Chic. Qué es aquesto,
Celio, Flora? *Flor.* Hado cruel!
Chic. Como en esta estancia bella
está tan perdida ella,
y está tan hallado él?
Asi el culto se profana
del palacio, donde habita
la Duquesa Margarita?
Falsa, coquina, liviana,
ya que el amor altanero
os marcó con su betun;
no era mucho mejor un
Medico, que un jardinero?
Y vos, belitre, ruin,
decid: como tan de espacio
enamorais en palacio?
No hablais? Pues por San Quintin
que he de castigar traiciones
de un bribonazo tronera,
que enamora con montera:
tomate esos moxicones,
mientras con este reclamo
voy á la Duquesa luego,
porque le castigue.
Flor. Fuego.
Chic. Gran gusto es pegarle á un amo.
Flor. Doctor, por amor de Dios,
que no sepa mi señora
mi liviandad.
Chic. Basta, Flora, *Muy gr*
y agradecedme los dos,
que de traicion semejante
(quien tanta lealtad profesa)
no dé parte á la Duquesa;
y sin parar un instante,
vase

vaya muy enoramala
el picaro á trabajar;
y vos, Flora, entraos á hilar.
Flor. Qué pena á mi pena iguala?
Ya obedezco.
Chic. Vaya, enmiende
su vida; escuche, Zegala:
y si quisiere ser mala,
aquí está el Doctor, ya entiende. *Vase.*
Fern. Vive Dios, borracho, loco,
que ha de castigar mi mano
tu atrevimiento villano. *Pegale.*
Chic. Señor, véte poco á poco.
Fern. Qué causa, di, te ha movido
á esta accion? *Chic.* Fiero dolor!
qué mayor causa que amor?
Fern. Pues, infame, mal nacido,
si el Demonio te ha cegado,
y que ames, tu, picaron,
he de pagar yo la pena
de que estés enamorado?
toma, traydor.
Sale Doña Juana.
Juan. Celio, amigo:
qué es esto, señor Doctor?
vos descompuesto? *Chic.* En rigor,
si áqui la verdad os digo
(que me hizo dos mil mercedes,
Don Juan, en venir, confieso)
yo entré aqui lleno de yeso,
de arrimarme á las paredes:
pedile con humildad
á Celio, que me limpiára,
y él con maña y fuerza rara,
alzando con caridad
la mano diestra al desayre,
me sacudió con tal zelo,
que á la capa quitó el pelo,
y el yeso le arrojó al ayre.
Y asi, el que quisieré, acuda
á Celio á limpiarse bien,
porque en mi vida ví quien
mejor el polvo sacuda.
Juan. Escuchame, Celio, aparte:
asi averiguar podré, *ap.*
si halló mi retrato, que
á noche dexé con arte
en ese quadro florido,
donde suele trabajar:
aqui vengo á averiguar,
si un retrato que ha perdido
aquella Española, aquella
dama, que á noche os habló,
vuestro cuidado le halló
en aquesa estancia bella
del quadro que cultivais,
y vengo á saberlo yo,
porque á noche lo perdió.
Fern. A poca costa le hallais;
y este es, Don Juan, el retrato:
y al verle mi duda crece, *ap.*
porque á Don Juan se parece.
Chic. Los dos con grande recato
hablan, y yo he presumido
saber, que encubren de mi,
quiero acercarme: que vi?
un retrato, y parecido
á Don Juan, tiene en la mano!
aunque le acecho tan listo,
solo la cara le he visto.
Fern. A darosle no me allano,
porque fuera accion impropia
volver mi mano importuna
lo que me dió la fortuna.
Yo he de guardar esta copia
como á centro, no os asombre,
de un alma que le he entregado.
Chic. Mi amo está endemoniado:
por Dios, que enamora á un hombre.
Fern. Que aunque jardinero he sido,
amor, que es Dios inmortal,
al mas humilde han herido
sus flechas.
Chic. Cielos, qué escucho?
Juan. Albricias, alma, pues veo, *ap.*
que se logra mi deseo:
yo en dexarle no haré mucho,
quando su dueño desea
serviros. *Fern.* Tantos favores
os agradezco. *Chic.* Señores,
habrá quien aquesto crea?
Nunca tales desatinos
creí en mi amo.
Fern. Y amando
he de morir.
Chic. El Fernando
es inclinada á lampiños.
Juan. Que os han de pagar presumo
fineza tan singular,
que agradecer no es amar.

Chic.

Chic. Esto ha de parar en humo.
Juan. Que seais muy fino os ruego,
puesto, que amor os empeña
con ese retrato. *Chic.* Leña.
Juan. Porque lo merece.
Chic. Fuego.
Fern. Pues mi pecho no sabrá,
ya que tan de veras ama,
qué dama es esta?
Juan. La dama
Española os lo dirá:
pero la Duquesa llega
á este sitio. *Fern.* A Dios.
Juan. A Dios.

Vanse Don Fernando, y Doña Juana, y sale la Duquesa.

Marg. Buenos estamos los dos!
fortuna inconstante y ciega,
puesto, que con tiranía
(olvidando mi respeto)
me rindes á un vil objeto,
tanto, que mi fantasía
juzga, si amor: mas qué digo?
Sin alma estoy, yo estoy loca!
amor pronuncia mi boca?
Ha, pensamiento enemigo!
ha, lengua vil! Qué en mi agravio
te deslizas tan atroz!
vive entre el alma y la voz:
muere entre el pecho y el labio.

Sale Federico.

Fed. Siguiendo los pasos vengo
de mi adorada enemiga:
amor, si mi fe te obliga,
pues á tu imperio prevengo
las potencias y sentidos,
para aplacar sus enojos,
ponle mi llanto á los ojos,
y mi queja á los oidos:
Qué hermosa está! Apenas mueve,
por admirar sus primores,
el cefiro aquestas flores.
Marg. Si á mi grandeza se atreve,
pensamiento, tu osadía,
castigará mi alvedrio,
tan notable desvarío,
tan extraña fantasía.
Vivan en igual balanza,
sin admitir sus antojos,
en mi agravio mis enojos,
mis iras en mi venganza
(apenas á hablar acierto)
hasta que á aquel homicida
traydor, le quite la vida.
Fed. No podrás, que ya estoy muerto.
Marg. Doctor, Lisardo, qué haceis
tan temprano en el jardin?
Fed. Yo eomo trabajo, en fin,
en esos quadros que veis,
al ver que amor me destierra
de España, mi pensamiento
daba sus quejas al viento,
y su esperanza á la tierra.
Marg. Luego en vuestro pecho dura,
si mi atencion no se engaña,
aquel cuidado de España?
Fed. Es tan grande su hermosura,
que ciego, amante y rendido,
sin que jamas esté ausente
la tengo siempre presente.
Marg. Pues cómo, loco, atrevido
(qué es esto cielos!) de amor
hablais tan osado aqui?
no sabeis, que vive en mi
solo el odio y el rencor,
la destemplanza, la ira,
la venganza, y la pasion?
Es amor, en conclusion
mas que una leve mentira,
que introducen en la idea
los ojos? *Chic.* Por San Pascual,
que este huevo quiere sal.
Marg. Pues quien habrá que le crea,
siendo una sombra, un engaño,
y una fingida quimera,
que alma, honor y vida altera?
Fed. Yo, si aqui (por Dios que extra
su mudanza) os ofendi.
Marg. Dexadme, que me he llevado
de mi pena y mi cuidado
(ciega estoy, no estoy en mi)
que yo no puedo poner
leyes á vuestro alvedrio.
Fed. Si no fuera desvario,
creyera, que esta muger
obligada; pero el labio
miente si tal imagina,
que en su hermosura divina,
aun la sospecha es agravio.
Marg. Doctor?

Chi

Chic. Gran señora.
Marg. En fin,
qué remedio al dolor mio
no hallais? *Chic.* Si vuestra salud
la destempla ese prolixo
afan de vengaros: cómo,
aunque estuviera aqui el mismo
Galeno, os ha de sanar?
Solo un remedio imagino,
que ha de aprovecharos mucho.
Marg. Decidle. *Chic.* Soy encogido,
y no quisiera enojaros.
Marg. Yo, por qué?
Chic. Pues lo que digo,
es, que echeis esas venganzas
en infusion de un marido,
que os merezca, y en dos dias
quedareis como un palmito.
Marg. Con su gracia me divierte:
como he de tener arbitrio
para casarme, si di
palabra á los cielos mismos,
de nunca tomar estado,
mientras que de mi enemigo
no me vengára. *Chic.* Por eso.
Marg. No os entiendo.
Chic. Ya me explico:
elegid entre tan grandes
Principes, como han venido
á pretender vuestra mano,
el de mas valor, mas brio,
mas opinion, y mas fama,
que muy amante, y muy fino
os vengue de aquel vinagre;
y á fe que yo he conocido
uno, que puede casarse,
por valiente y entendido,
galan y discreto, con
la muger de Calainos,
y el Preste Juan de las Indias;
mas no me atrevo á deciros
sin vuestra licencia el nombre.
Marg. No ví humor tan peregrino:
vuestro despejo la tiene
para todo. *Chic.* Mi artificio *ap.*
se ha de lograr: pues sabed,
que este novio, es Federico,
de Napoles heredero,
y á no ser mi grande amigo,
dixera de él, que es valiente
sin presuncion, que es bien quisto
sin lisonja, que es discreto
sin vanidad, ni capricho,
que sin cuidado es galan,
y generoso sin ruido,
amante sin esperanza;
y que solo á veros vino
de su corte disfrazado,
siendo el que mostró mas brio
en los torneos: mas esto,
la fama podrá decirlo
mejor, porque yo mil veces
he comido y he bebido
con él, y soy sospechoso.
Fed. Con qué agudeza le ha dicho *ap.*
mi amor!
Marg. Aquese remedio
no es para los males mios.
Chic. No dió lumbre, pero yo *ap.*
volveré á alzar el gatillo;
pues no sea; y entre tanto,
que otro, señora, os aplico,
os cantarán una letra,
que en esos quadros floridos
ya los musicos esperan.
Marg. Canten, y estad advertido,
que sea triste. *Chic.* Abcitamen?
Eso no, por San Cirilo,
que ha de ser de amor y alegre.
Su Alteza, por Jesuchristo,
que se dexe gobernar,
y que no arguya, le digo,
con el Medico en su vida.
Cantad aquel estribillo,
y letra, que hizo Lisardo.
Marg. Esperad (mal me reprimo)
luego Lisardo es Poeta?
Fed. Yo, señora, como he sido
Soldádo ::: *Marg.* Y direis tambien,
que amante? No, no me admiro,
que hagais versos: Canten, pues.
Fed. Ayuda, amor, mis designios.

Ponese Federico á trabajar, y cantan dentro.

Mus. Digan, qual será mayor
gloria, saber perdónar
la injuria, ó aventurar
la vida por el amor?
Repite Marg. Digan, &c.
Y esto poneis en question,

Lisardo? *Fed.* Sí, yo afirmo,
que tiene dificultad
saber, qual accion ha sido
mas noble, olvidar la injuria,
ó aventurarse mas fino
un amante por su dama
á perder la vida. *Marg.* Digo,
que perdonar un agravio,
si toca al honor, ha sido
la mas dificil accion;
y buen exemplo es el mio,
pues no puede mi grandeza,
mi razon, ni mi alvedrío,
olvidar la alevosía
de aquel tirano enemigo,
aleve::: *Llora Margarita.*
Fed. Si ha de costaros
lagrimas, que del rocío
del aurora quaxó el cielo
en vuestros ojos divinos,
se dexará el argumento.
Chic. Dexadla llorar, amigo,
que para ensanchar el pecho,
y desahogar los visivos
espiritus es el llanto
(segun Averroes dixo)
gran sopa del corazon.
Marg. Este afecto solo es hijo
de mis iras: proseguid.
Fed. Pues supuesto que me animo,
con vuestra licencia, yo,
que es mas noble accion afirmo,
aventurar por la dama
la vida, que al enemigo
perdonar la injuria. *Marg.* Pues
yo lo contrario me obligo
probar. *Fed.* Oid mi argumento.
Marg. Escuchad primero el mio.
Mus. Digan qual será mayor, &c.
Marg. Aventurarse quien ama
á morir, es una loca
accion, que á la vida toca;
pero no toca á la fama.
Mas si uno apagar la llama
de su honor vió, y en rigor
le perdona al ofensor
de su agravio los baldones,
graduando estas acciones.
Mus. Digan qual será mayor.
El que se arriesga á la muerte,
por su dama, ya podía,
pues todo á el hado se fia,
favorecerle la suerte;
mas quien sin honra se advierte,
y su agravio ha de vengar,
si su afrenta ha de olvidar,
y á sí mismo se ha de herir,
como le podrá añadir.
Mus. Gloria el saber perdonar.
Fed. Está el perdon tan unido
á un noble pecho, que infiero,
que el perdonar fue primero,
que haber su ofensa sabido:
luego el amante atrevido,
que osa morir por amar,
obra accion mas singular,
pues quando su fe le abona,
no se dexa al que perdona.
Mus. La injuria ó aventurar.
Fed. Vencerse á sí mismo fuera
siempre una gloria inmortal,
y no fuera racional
quien perdonar no supiera:
luego bien se considera,
que será hazaña menor,
haber un hombre en rigor
sus ofensas perdonado,
que haber otro aventurado.
Mus. La vida por el amor.
Marg. Yo soy de este parecer.
Fed. Yo, aunque á V. Alteza atiendo,
mi opinion he de seguir,
que es mas piadoso motivo,
puesto que el que muere amando::
Marg. Callad, que siempre os he visto
ser de parte del amor,
y me cansa ver tan fino
á un humilde jardinero.
Chic. Yo quiero quemar mis libros,
sino está como una breva
la señora: Bien ha dicho
su Alteza, que es muy mal hecho,
que se meta en discursillos
de amor, un pobre trompeta.
Id á trabajar á el sitio
que os toca, y no me seais
bachiller, que no es lo mismo
ser Poeta, que sembrar
berengenas y pepinos.
Y venga su Alteza, pues

le tengo ya prevenido
las gondolas y remeros,
á surcar el cristalino
golfo de esa hermosa playa,
que en sus ondas determino,
Deo volente, orear
esos impetus nocivos;
que os sofocan el ambiente.
Marg. Vamos, que asi solicito
templar aquesta pasion.
Tocan dentro un clarin.
Mas qué acentos repetidos
son los que ocupan el viento?
Sale el Conde Alberto.
Alb. Aunque prudencia no ha sido
traer una mala nueva,
mi noble lealtad previno
no escusaros él disgusto,
porque el remedio mas fixo
en la prontitud se halle:
esos ligeros navios,
que infestando nuestras costas,
paladiones de pino,
preñados de armada gente,
vienen cortando los giros
del mar y del viento, son
de Carlos, el atrevido
Duque de Borgoña, que
irritado, segun dixo
la fama, á vuestros desprecios,
viene ayrado y vengativo,
á que logre la violencia,
lo que no pudo el cariño;
y asi, tu Alteza::: *Marg.* Esperad,
que al escucharos me irrito,
de que el atrevido Carlos
quiera reducir á el filo
de la espada mi palabra,
mi razon y mi alvedrio.
Y puesto que de su intento
tan repitidos avisos
hemos tenido, y nos halla,
como es justo, prevenidos
para tan dudosa guerra,
y viene en persona él mismo
acaudillando sus tropas,
yo que solamente fio
á mi brazo mi defensa,
pues por ella no desisto
de mi inviolable promesa,
ni falto á lo prometido
de no salir de esta Quinta,
en tanto, que á mi enemigo
no quite la vida, haré,
que el orgullo, y los designios
del soberbio Duque, tengan
en mi valor el castigo
merecido á su locura,
pues antes que el sol, Narciso
del mar, la madeja rize
en su espejo cristalino,
he de buscarle en campaña,
ceñido el acero limpio,
embarazado el fuerte escudo,
el grabado arnés vestido,
delante de mis esquadras,
sobre el alado Hipogrifo,
para que, al probar la saña
de mi aliento y de mi brio,
se desengañe, aunque tarde,
de que una muger ha sido,
en defensa de su honor,
un aspid, un basilisco,
un etna, un volcan, un rayo,
un asombro, y un prodigio.
Alb. Vuestra Alteza se reporte,
pues teniendo en su servicio
Capitanes tan valientes,
aventurar al arbitrio
de la suerte vuestra vida
fuera una accion:::
Marg. Conde, amigo,
servid, y no repliqueis.
Alb. Yo, señora:::
Marg. Qué prolijo!
Alb. Si estas canas:::
Marg. Vuestro zelo
le reconozco, y le estimo;
mas un consejo he de daros.
Alb. Ya lo espero: *Marg.* Y yo lo digo:
que no me deis otra vez
el consejo, que no os pido;
venid. *Alb.* Extraña muger!
Marg. Y creed del valor mio,
que muy presto he de vengarme
de Carlos el atrevido.
Vanse Margarita y Alberto, y sale Fernando.
Fed. Ay, Fernando, yo estoy muerto!
ay, Chichon, yo estoy sin juicio,
de

de ver el riesgo á que va
la Duquesa ! Qué haré, amigos ?
apenas á hablar acierto.

Fern. Aqueste lance es preciso
dexarselo á la fortuna,
pues los tres hemos cumplido
con aventurar las vidas
en su defensa. *Chic.* Conmigo
va segura; pues llevando
un Medico en su servicio,
con su mula y su gualdrapa,
lleva contra su enemigo
el montante de la muerte.

Sale Octavio.

Oct. Que estaba en aqueste sitio
me dixeron. *Fed.* Yo, Fernando,
morir á tu lado elijo:
ay de mi! Pero qué veo?

Repara en Octavio.

no es Laurencio? *Oct.* Señor mio,
dadme las plantas. *Fed.* Detente,
que en este jardin cultivo
las flores, y soy Lisardo,
que aqui no soy Federico,
ni soy Duque de Calabria:
y dime si ha respondido
el Rey, mi padre, á la carta
que le llevaste? *Oct.* El rocío
del alba no le reciben
aquesos campos floridos
con tanto gusto, señor,
como el Rey enternecido,
pensando que ya eras muerto,
la abrió, y al instante mismo
mandó alistar una armada
de galeras y navios,
en que vienen embarcados,
de Marte y Belona hijos,
doce mil soldados viejos,
de quien el Conde Filipo
es Capitan General,
que cerca de este distrito,
en una oculta ensenada
dió fondo con los navios;
y yo en un ligero esquife
vengo á darte aqueste aviso,
para saber lo que ordenas.

Fed. Con mis brazos le recibo,
y presto pienso premiarte:
amor, á tus aras rindo
esta dicha. Don Fernando,
ya veis el grande peligro
de la Duquesa, y pues somos
los dos, dos exemplos vivos
de amistad :: *Fern.* Yo solo soy
vuestro esclavo. *Fed.* Determino,
que asistiendo á Margarita,
siendo escudo vuestro brio
de su belleza, os quedeis
en Bretaña. *Fern.* Yo no elijo,
sino obedezco; y os juro
de morir constante y fino
á su lado en su defensa.

Fed. Esa palabra os admito;
y ahora dadme los brazos,
porque luego determino
en aquese mismo esquife
dar la vuelta á los navios,
para echar la gente en tierra.

Fern. Los hados siempre propicios,
heroyco Principe, os guarden.

Fed. Y á vos, Español invicto,
os saquen del grande empeño
en que os dexo.

Fern. Por serviros
en nada estimo la vida.

Fed. Solo en mi pecho ha cabido
mi agradecimiento: á Dios,
Fernando.

Fern. A Dios, Federico.

Sale el Duque Carlos y Soldados.

Carl. Ya Capitanes y Soldados mios,
que me aseguran vuestros nobles brios
el buen suceso de tan justa guerra,
y desde el mar eché la gente en tierra,
formad la linea, y desde aquesta parte,
al són horrible del sangriento Marte,
erigid las trincheras y fortines,
que han de ser contrapuestos rebellines
á Bretaña, esa plaza donde habita

la cruel, la indomable Margarita,
cuyo rigor, si la razon se mira,
tan justamente motivó mi ira:
Margarita, que al paso que es hermosa,
se precia de intratable y rigurosa:
Margarita, que hurtando de amor las alas,
da envidia á Venus, y temor á Palas.
Abran, pues, oficiosos y arrogantes,
el señalado numero de Infantes,
los ataques que al foso se encaminan;
y pues estas montañas predominan
el homenage de sus fuertes muros,
porque de mi rigor no estén seguros,
sirviendole esas cumbres de bastiones,
asesten á la plaza diez cañones,
á cuyo estruendo se conviertan luego
en humo, en nada, en polvo, en
sangre, en fuego;
y vea, pues, Margarita, una esperanza,
entre sus sinrazones mi venganza.

Tocan caxas y clarines.

Mas qué militar estruendo,
es el que en forma de marcha
ocupa el viento?

Sale un Soldado.

Sold. Señor,
pon en orden tus esquadras,
si no quieres que el descuido
ocasione una desgracia
á tu gente, porque viene
la Duquesa de Bretaña
delante de sus hileras
con su exercito en batalla
hácia tu campo, y segun
el denuedo con que marcha,
la batalla viene á darte.
Carl. Pues qué mi furor aguarda?
Ea, valientes Soldados,
hoy es el dia en que os llama
la fama á mayores timbres:
á fuego y sangre se haga
la guerra, no quede vivo
ninguno, siendo murallas
vuestros generosos pechos,
que resistan la arrogancia
del enemigo.

Dentro la Duquesa.

Marg. Soldados,
para esta ocasion os guarda
la fama inmortales glorias:
toca al arma. *Carl.* Toca al arma;
y á embestir, Soldados mios.

Aqui se forma la batalla entre unos y otros, y salga la Duquesa peleando con el Duque, y los suyos, y siempre á su lado Don Fernando, y Doña Juana, y acabada la batalla, sale la Duquesa, Alberto, Don Fernando y Doña Juana.

Marg. Ay de mi! que mi desgracia
ocasionó esta desdicha!
mi gente va derrotada,
y el exercito sin orden
ha vuelto ya las espaldas.
Dent. Victoria por el gran Duque
de Borgoña. *Marg.* Ha vil tirana
fortuna! Conde, qué haremos?
Alb. Ya en este lance no halla
mi consejo otro remedio,
que con las rotas esquadras
tomar ese inculto monte,
y en su maleza intrincada
abrigarnos, entre tanto
que podamos en las pardas
sombras de la obscura noche
volver, señora, á la playa,

por

por el camino del rio.
Marg. Vamos, pase la palabra,
y marche el campo.
Tod. Soldados, al monte.
Vanse, y salen el Duque y los suyos.
Carl. Seguidlos, ardan
en materiales pavesas
arboles, troncos y ramas:
mueran todos, en su sangre
se acrisole mi venganza,
como viva Margarita,
á cuya deidad consagra
mi fe el alma y los sentidos:
Tocan dentro.
mas esperad, que estas caxas,
y clarines, nos avisan
de que en su socorro marcha
alguna gente: y ahora,
si la vista no me engaña,
desde mas cerca descubro,
que poblando la campaña
exercitos numerosos
de forasteras esquadras,
hácia mi campo se acercan.
Quien será, fortuna ayrada,
el que tan en contra mia,
á socorrer á esta ingrata
viene, en ocasion, que ya
vencida y desbaratada,
escaparse de mis manos
no es posible? Pero es vana
ilusion gastar el tiempo
en discursos, ni palabras.
Venga en su defensa el mundo,
que mientras ciño esta espada,
el tener mas que vencer
dará mas gloria á mi fama;
y no será la primera
vez, que armado en la campaña
venza el atrevido Carlos
en un dia dos batallas.
Dentro Federico.
Fed. A ellos, Soldados mios,
y si Margarita falta,
del campo no quede vivo
ninguno.
Salen Federico, y Soldados, cubiertos el rostro, y embisten con el Duque y los suyos.
Ha fiera canalla!
hoy de esta suerte mi acero
sabrá vengar la desgracia
de la infelice Duquesa.
Carl. Y yo enfrenar tu arrogancia,
con mi valor, y mi brio.
Formase otra batalla, y salen Federico y Carlos solos.
Fed. Ya estamos en la campaña
los dos solos; y mi aliento
ha de vengar con la espada
dos agravios que me hiciste
en Bretaña. *Carl.* Si recatas
de mi el rostro, será ocioso
responder, hablan las armas,
y calle la voz. *Fed.* Espera,
que no ha de ser con ventaja
la lid: ya estoy descubierto.
Descubrese.
Carl. No eres tu, sino me engaña
la vista, aquel jardinero,
que en la Quinta trabajaba
de la Duquesa? *Fed.* Ese mismo.
Carl. Pues no me dirás, qué causa
te obliga á este empeño?
Fed. Solo
el castigar la arrogancia
con que hablaste á la Duquesa,
queriendo despues robarla
del jardin aquella noche.
Carl. Pues el sitio nos iguala,
hable el acero.
Riñen los dos.
Fed. Gran brio!
Carl. No vi fuerza tan extraña!
Dent. Victoria por Federico.
Fed. Monstruo de Borgoña, acaba
de asegurar mi fortuna.
Cae Carlos á los pies de Federico.
Carl. Ya me tienes á tus plantas,
sin honor y espada: Cielos,
para qué mi vida guardas,
si he perdido á Margarita?
Salen todos.
Marg. Hácia esta parte sonaban
las voces del Duque Carlos:
muera. *Fed.* Suspended las armas,
que es mi prisionero el Duque:
albricias, amor, pues hallas
sin peligro á Margarita.
Marg. Esa inmunidad te valga:

y pues debo á vuestro amparo
vida, honor, estado y fama,
generoso caballero,
no asi encubra la celada
vuestro rostro, descubrios,
para que con vida y alma
os pague esta obligacion.
Fed. Es tan grande mi desgracia
(generosa Margarita)
que si aqui os muestro la cara,
y sabeis quien soy, es cierto,
que ofendida é irritada,
olvidada de vos misma,
ha de trocar vuestra saña
en odio las gratitudes,
la obligacion en venganza.
Y os estimo de manera,
que por no haceros ingrata
(delito, que á la grandeza
tanto ofende, y tanto mancha)
quiero, ausentandome ahora,
no aventurar vuestra fama,
aunque aventure la vida:
marche el campo hácia la playa,
y toca á embarcar. *Marg.* Teneos,
que es repetida ignorancia
presumir de mi grandeza,
que no reconozca hidalga
(que honor y vida me disteis)
lo que os debo, y lo que os paga:
descubrios, y creed,
que no puede ser ingrata
quien su obligacion confiesa.
Fed. Puesto que con tal instancia
me lo manda vuestra Alteza,
ya lo estoy.

Descubrese.

Marg. Yo estoy turbada: *ap.*
no es Lisardo? *Fed.* No, señora,
sino el Duque de Calabria,
del Rey de Napoles hijo.
Marg. Pues como tu Alteza estaba
de jardinero en mi Quinta?
Fed. Porque obligado á la fama
de vuestra hermosura, vine
disfrazado de mi patria,
solo á serviros, señora.
Marg. Aunque una accion tan bizarra,
Principe heroyco, me obligue,
mayormente, quando tantas
finezas os debo, es cierto,
que es imposible pagarlas,
sin faltar al juramento,
que inviolablemente guarda
en mi venganza mi pecho.
Y supuesto que restaura
vuestro valor este estado,
con dexaros en Bretaña
el absoluto dominio,
y vivir yo retirada
en esta Quinta, he cumplido
mi obligacion.
Fed. Si embaraza
esa palabra mi dicha,
tambien me disteis palabra
de ampararme en vuestra tierra
contra el furor y la saña
de mi mayor enemigo.
Marg. Y estoy, Principe, obligada
á cumplirlo.
Fed. Pues, señora,
(ayude amor mi esperanza)
amparadme de vos misma.
Marg. Pues yo, como (duda extraña!)
soy vuestro enemigo?
Fed. Como
soy el mismo, que en campaña
derribó al difunto Enrique,
cuerpo á cuerpo, y lanza á lanza,
y despues le dí la muerte
en defensa de mi fama,
y vida, en aquel sarao:
y pues la injuria no agravia,
sino toca en el honor,
y la segunda palabra
os quita de la primera,
pues sin perder vuestra fama
no podeis ser contra mi,
humilde pido á esas plantas,
que pagueis tantas finezas,
como debeis á mi espada,
y á mi pecho.
Marg. Alzad del suelo,
que no puedo ser ingrata
á tantas obligaciones,
quando convencido se halla
mi rencor; y si cruel
rehusára mi venganza
rendirse á la obligacion,
fuera quebrar la palabra,

que

que os he dado: esta es mi mano.
Fed. Tu, Don Fernando, qué aguardas?
llega á mis brazos, en tanto,
que mi obligacion te paga
lo que te debo.
Marg. Don Juan,
pues servisteis en campaña
con valor, pedid mercedes.
Juan. Lo que pido á vuestras plantas,
es que me caseis con Celio.
Marg. Pues como (locura extraña!)
con un hombre he de casaros?
Juan. Como yo soy Doña Juana
de Lara, y hermana soy
de aquel Don Diego de Lara,
que Don Fernando, sin culpa,
mató junto á mis ventanas
aquella infelice noche,
que en su seguimiento:::
Fern. Basta,
que tan grande obligacion
con mi mano he de pagarla.
Juan. Tuya soy.
Marg. El Duque Carlos
libre á sus Estados vaya.
Fed. Y aqui acaba la Comedia,
perdonad sus muchas faltas.

FIN.

Con licencia. Barcelona: Por Francisco Suriá y Burgada, Impresor calle de la Paja.
A costas de la Compañia.

